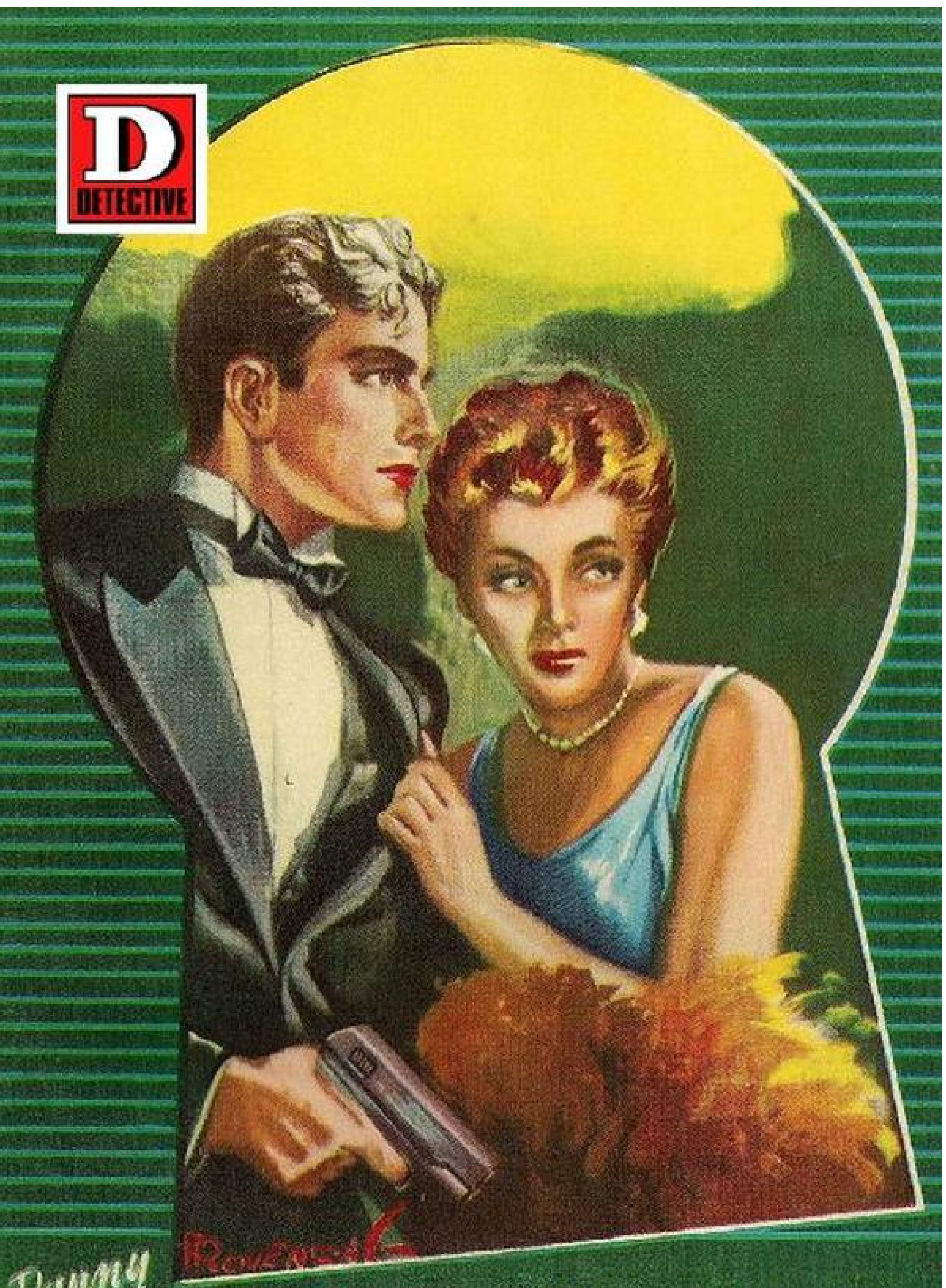

D
DETECTIVE
Danny Spade
DEL BRAZO CON LA MUERTE

DANNY SPADE

DEL BRAZO CON LA MUERTE

1.ª EDICIÓN
JULIO - 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

TÍTULO ORIGINAL:

HI-JACK

Traducción de:

J. PANE ARGELICH

PRINTED IN SPAIN
Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona


Del brazo con la muerte
por DANNY SPADE
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

Yo me había imaginado que el último caso que me dió tanta guerra, había quedado ya liquidado de una vez para siempre, pero los hechos demostración hasta qué punto puede andar uno equivocado a veces. También demostraron que cuando uno cree que se va a dar la gran vida por una temporada, gozando de paz suficiente para dedicarse a buscar una chica más o menos deliciosa… ¡cataplum! El jaleo te aguarda a la vuelta de la primera esquina. Y siendo así es natural que los que llevamos esa perra vida detectivesca aprovechemos en lo posible los breves períodos de calma que se nos presentan.

Acababa de cerrar el expediente de los Starrets durante cuyo proceso tuve ocasión de echarle el ojo a su hija Ann, y pensaba también mucho en Fay, la otra encantadora criatura. Es curioso que uno siempre esté pensando en «la otra» mujer. ¿No lo han observado ustedes?

Bien, pues, ahí me encontraba sentado en la tercera fila en el «*show*» de Mike Rodd's Peep; un magnífico sitio para pasar la noche cualquier hombre fogoso. Y ustedes saben ya bastantes cosas acerca de mí para no ignorar que mi sangre se parece mucho a mi estado de cuentas bancario: en uno y otro el margen para el error es algo terrible.

Aquella noche tenía a mi lado a una pequeña rubia llamada Evie a quien había tratado a ratos, quizá durante un año. La chica trabajaba en el local de Billy Cose y era guapa como ella sola; hay que reconocerlo.

Evie conocía alguna de las muchachas de la compañía. Durante los entreactos me iba explicando detalles de las mismas. Me contaba

su vida y milagros señalando las que, a su juicio iban por bien y las que andaban de cabeza a la bancarrota.

—¿Ves aquélla? Es Vera —me susurró.

Yo dirigí los ojos hacia el lugar señalado. Se trataba de una alta criatura de pelo negro con un cuerpo que quitaba el hipo, si se miraba demasiado rato. Es posible que el diseñador de los vestidos no se hubiese fijado en el detalle, sin embargo. Claro está, con semejante parquedad o deseo de economizar ropa, el hombre no debía haber tenido ocasión de apreciar la pureza de las líneas.

—Es linda —dije.

¿Qué me quedaba corto? Sin duda alguna, pero hay que reconocer que cuando estás al lado de una chica, no es cuestión tampoco de exagerar demasiado la nota elogiando las cualidades de las otras. Ésta es una verdad que he logrado descubrir después de muchos años de investigación… y de investigación algo cara, que digamos.

—Va con Joey Derocha. ¿Le conoces?

—Sí le conozco.

Ya lo creo que le conocía. Joey era uno de los hombres clave en el negocio sucio de las máquinas tragaperras. ¿Conocen ustedes esos pequeños cachivaches que se ven plantados en todos los salones de diversión y de juego y en los bares? Introducen ustedes una moneda de calderilla en la ranura, tiran de una manivela y sale enseguida fruta, flores o un paquete de bombones. Alguna vez aciertan ustedes en algo bueno. Alguna vez solo. Aproximadamente una vez entre un millón.

—La chica ha escogido un tipo de pronóstico reservado —dije yo.

—Pero con la cartera repleta —comentó Evie inclinándose hacia el lado desde el que esas chicas juzgan a un hombre. Lo que cuenta para ellas es la cartera, desde luego.

—¿Y crees que ella sabe cómo lo obtiene?

Me di cuenta enseguida que la pregunta era de lo más tonto. Y comprendí mucho mejor al ver como Evie me miraba con cara de lástima.

—Danny —dijo—: por el hecho de que seas un detective…

—No hablemos más —asentí—. A buen entendedor…

Evie mostraba una expresión preocupada en su lindo rostro,

según pude observar luego.

—Después de todo soy la única muchacha que se relaciona con un detective, lo cual, a veces, no le resulta a una fácil de explicar.

Yo la miré fijamente. Aquélla era una nueva revelación de su carácter. Y sorprendente además.

—¿A qué viene eso? —le pregunté.

—Pues… —dudó unos instantes como si buscase la mejor forma de expresar lo que sentía, y, al fin, soltó—: Como Vera, por ejemplo. Su amigo es un fulano a quien tú le fastidiarías si se te presentase ocasión para ello.

—Y lo he hecho ya —declaré—. No le costó demasiado caro, sin embargo.

—¡Eso es lo que yo quería decir precisamente! —exclamó la muchacha—. Por eso cuando mis amigas me hablan de sus citas me echan de vez en cuando una extraña mirada. Claro está, todas saben que me veo contigo…

—¿Quieres decir que no te fías de tus amigas? —le pregunté.

—Exactamente —concluyó Evie en tono de triunfo.

—Muy bien, nena —le dije—. Piensa que es mi profesión y que no tengo otro remedio que seguir adelante. Naturalmente, si Joey Derocha se cruza en mi camino de nuevo hará otro viaje a la sombra por una temporada, sintiéndolo mucho por mi parte.

Evie se volvió bruscamente hacia mí y me puso sus finas y blancas manos sobre el brazo.

—¿No estás ya pisándole los talones en estos momentos, Danny? —preguntó.

Le miré las manos, tan lindas, y luego la cara, que era más linda aún.

—¿No te gustaría hacer un poco de espionaje para seguirle los pasos a Vera? —le pregunté con una sonrisa.

La respuesta fué fulminante. La chica retiró las manos de mi brazo y puso una cara de genuina indignación.

—¡No disparates, Danny!

—Bien, no te sulfures, nena —le dije reteniéndole la mano.

Terminó el número cómico y se inició otro en el que las muchachas monopolizaron de nuevo la atención del público especialmente interesado en ellas.

Tiré un poco de Evie para decirle en voz baja:

—Esta noche no voy detrás de nadie más que…

Y lo dejé así. Una leve sonrisa aleteó por el rostro de la muchacha. La paz remaba otra vez entre los dos. Nos olvidamos de Vera y también de Joey Derocha por el momento. Pero, más tarde, aquella misma noche, se me presento motivo para recordar la conversación. Porque la verdad es que Joey estuvo presente en las veinticuatro siguientes horas de mi vida, con lo que pasó a ser el caso más rápido y más breve de mi carrera.

Pero esto lo dejaremos para más adelante. Ahora les haré una breve relación sobre Joey mientras estamos contemplando este espectáculo de relumbrón.

Joey Derocha era un tipo que tenía todas las oportunidades de convertirse en un personaje decente, pero que no tuvo bastante valor para serlo. Así, pues, se convirtió en un granuja más que regular. Al principio vivía en el otro lado del puente de Brooklyn y en el acento de sus palabras se identificaba perfectamente aquella zona ciudadana. El muchacho descendía de una familia italiana. Joey se había americanizado por completo, hasta el punto que sólo hablaba unas pocas palabras de su lengua materna. No obstante, en lo íntimo de su ser, en lo hondo de su corazón, llevaba la peor tradición de Sicilia y, compadres, eso sí que es malo.

Joey fué a la escuela pública número 14. Estaba situada al fondo de la Avenida Clancy. Tenía un compañero llamado Rocky Malone, un chaval irlandés. Los antecedentes similares. Solamente que sus padres eran irlandeses. Rocky y Joey solían hacer la mayor parte de las cosas que hacían los otros chicos. Rompían escaparates y, los sábados por la mañana, robaban manzanas de los carros ambulantes. Maquinaban diabólicas y, a veces, peligrosas bromas para los hombres encargados de su enseñanza. Pero Joey tenía todos los hechos del granuja congénito. En cuanto a Rocky era un verdadero crío. Ya crecería con el tiempo. Si es que le quedaba tiempo para crecer. Que a Rocky le quedaría tiempo era indudable.

El momento crítico se presentó cuando Joey necesitó un poco de pasta para comprar algo. Algo qué necesitaba con gran vehemencia.

Había una forma de conseguirlo, relativamente sencilla: entrar en una tienda y apoderarse de varios artículos que él sabía eran de rápida venta. Joey se encontró con un tipo en un rincón de un salón de juego. Entablaron amistad y el otro le dijo que si podía facilitarle

tal y cual artículo los podían convertir rápidamente en dinero. La parte que le correspondía a Joey ascendía a doce dólares.

Doce pavos era la mayor cantidad de dinero que Joey había visto de una sola vez en su vida. Nunca había visto juntos los quince dólares que su padre cobraba de soldada. Quince dólares semanales para mantener a su esposa y al muchacho que crecía. Los tiempos eran difíciles en Brooklyn por aquel entonces. Yo tenía motivos para saberlo. Vivía no muy lejos de allí. Mi padre entró entonces a trabajar en la policía, un trabajo que tampoco rinde mucho en el principio. Conocía, pues, al chico Derocha y a Rocky. Y mi padre le conocía también a Joey. Mi viejo conocía al criminal en potencia en cuanto le ponía la vista encima. Aunque fuese en los primeros tiempos de su carrera. ¡Menuda vista y olfato fino tenía mi padre! ¡Estas cualidades marca Spade que me han salvado a mí la vida tantas veces!

Pero Joey tenía un plan. No les descubrirían. ¿Cómo podía ser? Se apoderó de un plano de la calle y trabajó realmente en él. Estudió todos los pormenores; calculó el tiempo exacto que tardaría el policía al pasear y llegar frente a la tienda en cuestión. Calculó el tiempo que le quedaba disponible si no se presentaba ninguna contrariedad, y el que necesitaba para romper con un ladrillo el cristal del escaparate y apoderarse de un puñado de cada uno de los artículos que tenía estudiados también. Luego no faltaba sino plantarse de unos cuantos saltos en los sótanos de la casa, deshabitada de la parte trasera y salir de allí a la calle del otro lado. Los dos asociados podrían estar en sus respectivas casas en cuestión de cinco minutos. Joey guardaría el género porque Rocky tenía dos hermanas, y las chicas siempre adolecen del defecto de la curiosidad.

Rocky pensó en ello quizá por espacio de un par de minutos, transcurridos los cuales tomó la resolución. En primer lugar, él no necesitaba los seis dólares que le proporcionaba la faena. ¿Qué haría con ellos? ¿Comprar un regalo para alguien? ¿Para su madre? Pero entonces ella le preguntaría de dónde había sacudo el dinero. ¿Y qué le contestaría en tal caso? No. Joey tendría que efectuar el *trabajo* prescindiendo de él. Podrían hacerlo quizá otro día. Lo malo del caso era que Joey no cedía fácilmente.

Invirtió Joey unos buenos quince minutos tratando de convencer

a Rocky para que colaborase con él. Para ello utilizó la tentadora visión de una muchacha que formaba parte del coro de Mike Rodd, la cual tendría en gran honor codearse con un joven que trabajaría luego en el negocio de las máquinas tragaperras. Pero ni por eso: Rocky permanecía impasible, meneando la cabeza seriamente y manifestando que sentía en el alma no poder ayudarle a Joey en la faena. Una faena que Rocky creía no se había hecho para él.

Joey se puso hecho una furia. Su tierno rostro volviósele sombrío y, según cuentan, dió un puñetazo en la boca a Rocky y le obsequió con una racha de palabras malsonantes. Cuentan también que Rocky no contestó a la agresión; que se limitó a echarle una mirada y se alejó sobre el suelo cubierto de desperdicios y basuras del lugar donde habían celebrado la accidentada entrevista.

Aquella fué la última vez en que Joey habló con su compañerete Rocky Malone. Y aquello fué el verdadero comienzo de la historia de Joey. En cambio, yo no estoy tan seguro de si también para Rocky aquello significaba un principio. Porque el caso es que Rocky Malone se hizo sacerdote. Aquel mozalbete que recibió pasivamente el puñetazo y los insultos infamantes, tiene ahora una iglesia en el mismo lugar salpicado de desperdicios donde él y Joey, tuvieron aquel día la conversación. ¿Tiene gracia la cosa, verdad?

Todo esto lo he oído yo de labios de mi padre y, una buena parte, contado por el propio Rocky. El resto ya pertenece a los archivos de la policía. Joey llevó a cabo su propósito aquella noche y cosechó un fracaso total. Salió de las redes de la justicia con una simple amonestación por el hecho de que sus padres eran personas decentes y buenos trabajadores, a pesar de vivir en situación miserable, y por el hecho también de no poseer el muchacho ningún antecedente de aquella naturaleza.

Al cabo de una semana volvió a las andadas. Una nueva faena. La tienda estaba situada en una esquina de la Quinta y la Principal. Esta vez le cogieron y le llevaron ante el juez. De nuevo las súplicas de su madre le salvaron y salió en libertad con la promesa de que en adelante sería buen chico. No cometería ningún desatino más. Lo prometió con firme insistencia.

Transcurrieron dos días hasta que tuvo el siguiente desliz. Esta vez lo cogió mi padre. Fué mandado a un reformatorio donde aprendió el resto de la carrera del pillaje. Al salir de allí estaba

preparado para cualquier empresa de envergadura; al cabo de seis meses estaba cumpliendo otra sentencia. Corta desde luego, y la única que le tocó en suerte durante diez años… hasta que una noche tropezó conmigo en un lugar donde no debía estar.

Me imagino que Joey siempre tendría cierto resentimiento a la familia Spade como causantes de su desgracia. Creo que se enteró de que fué mi padre quien le cogió en su primer tropiezo. Me gustaría decirle un día, si alguna vez se me presenta la oportunidad para ello, que mi padre nunca tuvo la intención de que el chaval fuese condenado, pero que en el caso de Joey el hombre estaba convencido de que era malo como la mismísima piel del diablo.

Y tenía razón, naturalmente. Los hechos lo demostraron hasta la saciedad. Mi padre se equivocaba pocas veces en el ejercicio de la profesión. Joey era una cosa mala. Su viejo padre y también su madre fallecieron mientras él estaba en la cárcel. Alguien aseguró que aquella desgracia les mandó a la sepultura, cosa que no tiene nada de extraño dado que se trataba de una gente auténticamente honrada y de una perfecta delicadeza de sentimientos. Los dos viejos suspiraban únicamente por vivir en un gran país nuevo donde pudiesen trabajar, tener una casita linda con dos habitaciones y poder educar al hijo que fuese para ellos motivo de crédito y de orgullo. ¡Vana esperanza!

Y esto fué el comienzo de Joey Derocha, el personaje que ahora entraba otra vez en escena. Como amigo de la sabrosa criatura que había visto en el escenario. La muchacha llamada Vera.

Ahora Joey era un hombre acaudalado. Y tenía las manos manchadas de sangre. Sin duda alguna había robado y matado a diestra y siniestra. Había progresado en sus métodos de granujería al por mayor. No era fácil hacerle caer ahora en las redes de la justicia. Sentí deseos de empapelarle otra vez sin aguardar más. Y asegurarme haciéndole una faena sólida y duradera. No sé hasta qué punto estuve cerca en aquellos instantes de llevarlo a cabo.

—Éste es el último número, nene —me dijo Evie.

Yo salí rápidamente de mis especulaciones y volví a tocar de pies al suelo de la realidad. Las muchachas se alineaban en el escenario y pude comprobar ventajosamente a Vera, el suculento plato de Joey. ¡Y que plato, amigos míos!

—¿Quietes que le la presente? —me preguntó Evie

solícitamente.

Yo moví la cabeza en sentido negativo.

—No gracias, cielo. Puedes ir a saludarla tú si lo deseas. Yo no quiero tropezarme con ninguno de los guardianes de Joey que deben estar aguardando para escoltar a su bocado hasta su casa.

—Danny…

Pero Evie no insistió. Lo dejó así.

—Te esperaré en el club —le dije—. Adiós.

—Muy bien, Danny —contestó ella—. Adiós.

La contemplé como se iba y me mezclé luego con el remolino de espectadores que fluía hacia la calle. No me tomé la molestia de coger un taxi. Marché a pie. Pasé por delante del «Regis» y avancé a lo largo de la Quinta Avenida.

Cuando llegué ante el local de Billy Cose me llamó la atención un potente coche de exportación que acababa de pararse conducido por una dama de deslumbradora belleza. Seguramente que me quedé boquiabierto sin darme cuenta al pararme en seco. Y cuando la muchacha se apeó supongo abrí todavía más la boca y Los ojos, por distinto motivo esta vez. Las piedras preciosas que lucía eran de las que poquísimas damas en los Estados Unidos pueden llevar. Me hacía el efecto que me encontraba ante la más hermosa y rica de las herederas de Norteamérica. Carole Van der Lone. Ojos violeta, cabello rojo y un papá con más dinero que el Agha Kan.

Más tarde me di cuenta que aquello formaba parte de mi buena suerte. Era una oportunidad excelente que se me ofrecía. Tiene gracia el modo en que había estado pensando en Joey Derocha y luego…

CAPÍTULO II

Eché una ojeada por el interior del «Sapphire Horseshoe». No sé si ustedes conocen el local, pero he de decirles que posee una ornamentación magnífica como todos los de su clase. En un club de noche se ven los arreos más disparatados, y otros que deslumbran por completo a los demás.

En general, Billy es el que mejor conoce el oficio. En lo tocante a muchachas, por ejemplo. Bill sabe escoger damas altas, esculturales. Le gustan las rosas American Beauty. También sus chicas tienen largo talle. Aunque éstos, a diferencia de las rosas van cubiertos de nylon.

La pequeña Evie, aquélla con la que inicié la velada, no era ninguna excepción a la regla establecida en el «Horseshoe», Evie era menudita, pero era cantatriz. Yo creo que era cantatriz por lo menos…

Mientras miraba a mi alrededor observé la compañía de *Miss* Van de Lone con su escolta que se destacaba esplendorosamente. La vi avanzar hacia la pista de baile que estaba situada en un nivel inferior del piso y rodeada de una hilera de mesas. Tenía una de ellas reservada; estaba situada al lado mismo de la orquesta. Vi cómo uno de los individuos le ofrecía la silla y cómo la dama se sentaba gravemente. Volví entonces mi atención hacia Evie que iba detrás de mí cuando, de pronto, me di cuenta de que cruzaba el umbral el mismo fulano sobre quien hemos estado hablando. Sí, era el mismísimo Joey Derocha en persona. Alto él, un poco lleno de cara y un poquitín demasiado gordo quizá de la barriga. Por lo visto la buena vida le sentaba admirablemente a Joey aun cuando con ella se reblandeciera en cierto modo peligrosamente.

Vi el destello del diamante de su dedo meñique. Era uno de esos

diamantes que cuestan un pico. Joey lanzaba destellos de pies a cabeza. El muchacho había sido siempre así de llamativo. Mis labios se pusieron rígidos involuntariamente cuando me acordé de cómo habían sufrido sus padres para darle un poco de instrucción. Aquella piedra preciosa que lucía en sus manos les habría proporcionado el sustento a los viejos por espacio de años. Aunque ahora ya no tiene ninguna utilidad pensar en ellos. Los dos descansaban bajo tierra, demasiado hondo para que Joey pudiera tomarse la molestia de pensar en ellos. Lo único bueno de ello era que, hiciese lo que hiciese, Joey no podía ya causarles más disgustos.

Iban tres fulanos más con él. Vamos a observar un poco. Sí, eran el tipo de individuos que rodean, generalmente, al jefe en previsión de que uno de sus «compañeros» le quieran mostrar su cordialidad de un modo contundente. Eran de esos tipos que saben repartir plomo. Se dirigieron hacia el bar. Tenían que pasar por delante de mí, inevitablemente. En cuanto los ojos de Joey se pusieron sobre mí, éste se paró en seco delante mío. Noté que sus carnosos labios se contraían como para dibujar algo que quería ser una sonrisa.

—¡Vaya! ¿No será ése el agente de la Ley, ese tipo cubierto de insignias?

Correspondí a su simulacro de sonrisa. También yo me permito ese lujo. Nadie se estaría preocupando de mí. Excepto, tal vez, Evie.

—¡Hola, Joey! Eres el mismo de siempre. Pero ahora me has confundido. No llevo insignia alguna, ¿recuerdas?

—Tienes razón —contestó él—. Era tu viejo, el policía.

Joey goza al recordarme a mi viejo, puesto que sabe que el pobre también hace años que descansa en paz. En su alusión había el placer evidente de quien hiere al insultar a un semejante.

Debía de ser el verme en compañía de mi damita lo que le desorientaba un poco. Yo procuré disimular y hacerme el bobo.

—¿Cómo se explica que vayas sin pareja esta noche, Joey? —le pregunté—. Los que te conocen saben muy bien que no eres capaz de semejante heroicidad.

No le gustaba ni pizca a Joey que se le hablase de sus debilidades.

—Veras, «poli»…

Yo arqueé una ceja, y él se apresuró a corregirse al tiempo que

me miraba duramente.

—Ah, sí, tienes razón; no eres tú; era tu viejo…

Aguardé a que se alejase para espetarle en voz alta:

—No creo que te sea muy difícil de recordarlo, Joey. Fué mi viejo quien te metió en chirona por primera vez. Y yo quien te metí la última… es decir, la última hasta la próxima…

Él volvió la cabeza y leí en el fulgor de sus ojos el torbellino tempestuoso que se desataba en su interior. Pero logró enhebrar una sonrisa y continuó su camino. Mientras el individuo se situaba en el mostrador oí detrás de mí la voz de Evie. Al volverme vi que llegaba con la muchacha llamada Vera.

Vista de cerca, Vera causaba mucho más estupor, pero no tuve tiempo apenas de notarlo. Tan pronto como la chica llegó a mí, uno de los acompañantes de Joey se acercó, la cogió del brazo y se la llevó consigo sin que mediase una sola palabra entre nosotros. Fué una lástima. Aquella muñeca valía la pena.

—Tienes algo raro en los ojos, Danny —me dijo luego Evie mirándome de cerca como siempre solía hacer.

—Tengo lo de costumbre, cielito mío —le contesté.

—Bueno, ahora no has de preocuparte sino de mí —me ordenó, imperativa.

Me dejé guiar por ella y fuimos a sentarnos a una mesa desde la que podía contemplar ventajosamente a Van der Lone. Luego dediqué por completo mi atención a Evie. Es decir, hasta que surja el acontecimiento.

Evie no cantaba aquella noche. Fué por eso por lo que decidimos reservar una mesa y gozar de la paz y la tranquilidad. Su sustituta era una muchacha morena, una morena de armas tomar, a decir verdad.

—¿Es buena la chica? —le pregunté en un tono de desinteresada naturalidad.

Evie enfocó el asunto profesionalmente. Sus labios se afilaron cuando dirigió los ojos al talento rival.

—Seguro —dijo— por lo menos para los números de relumbrón. La lástima es que la pobre no tiene voz ni nervio suficiente para aguantar el tipo…

La muchacha cantaba el
«Don’t

know why love you»[1] mientras el foco la encerraba en su círculo. Iba con un vestido blanco orlado con una cinta verde. La cinta se agitaba con sus movimientos y la hacían más atrayente. Empezaba a sentirme realmente intrigado cuando el foco se apagó súbitamente. Toda la sala quedó completamente a obscuras.

Noté que Evie se cogía fuertemente a mi mano y oí su voz temblorosa, asustada:

—¡Danny! ¿Qué ha ocurrido? ¡No quiero que te mezcles en nada! ¡Danny, por favor, no te muevas de mi lado! ¡No te muevas de aquí!

Yo estaba de pie y me había librado de sus manos cuando ella terminó de hablar. Me acordaba muy bien del lugar donde estaba la mesa de Carole Van der Lone. Hacia allí me dirigí. Pero metí los pies encima de algo y, antes que pudiese pararme, caí de bruces. Alguien lanzó un alarido y oí como se volcaba una mesa. Se me ocurrió pensar que se estaría más seguro tendido en el suelo, pero esto no rezaba para Carole Van der Lone.

Cuando me levanté me encontré enfocada a los ojos una lámpara de bolsillo.

—¡Esto es en recuerdo de otros tiempos, maldito hijo de perra!

El fino mensaje llegaba con una voz que yo conocía bastante bien. Me agaché rápidamente para huir del rayo de luz, pero no llegué a tiempo. El puntiagudo extremo de un zapato masculino me dió en la barbilla y me tumbó otra vez por el suelo. Ahora caí de espaldas y comprendí que el salvaje se disponía a echarse encima de mí. No estaba dispuesto, desde luego, a esperarle allí, pero la cabeza me zumbaba horriblemente, por cuyo motivo no me podía mover con la rapidez que habría sido necesaria. Al fin, logré alejarme siempre rodando por el suelo y pude apoderarme de una silla que coloqué entre mi agresor y yo. Cuando el zapato del bruto cayó otra vez dirigido a mi estómago dió de lleno en la silla que quedó hecha astillas. ¡Calma, calma, muchacho!

—¡Canalla!

El epíteto fué seguido de una racha a cuál más soez. No es que yo aguardase allí para escucharlos; me metí a gatas debajo de una mesa y me puse en pie. Oí entonces alguien que gritaba:

—¡Estén tranquilos, señoras y caballeros! Dentro de unos instantes volverá la luz. Que nadie se mueva de su sitio. ¡Por favor,

señoras y caballeros; por favor no se muevan de donde estén!

Pero era evidente que las señoras y los caballeros hacían caso omiso de la orden. ¡Lo último que pensaban hacer era estarse quietos!

—¡Danny, Danny!

Era la voz de Evie. Yo no podía contestarle. Llegué a la pared y avancé a tientas. Luego oí otra voz femenina. La voz de la dama deslumbrante.

—¡Suéltenme, suéltenme…!

La voz dejó de oírse, pero yo conocí que se trataba de la de Carole Van der Lone. Avancé apresuradamente hacia el lugar de donde habían salido los gritos. Se encendió la luz. Todo el mundo estaba de pie; las mujeres agarradas a los hombres. Pero Carole Van der Lone había desaparecido.

El grupo de sus acompañantes estaba allí mirándose boquiabiertos entre sí y a la silla vacía de la dama. Reconocí al hombre a quien había visto hablando con ella. Era un tipo llamado Beaumont.

—¿Dónde está? ¿Han notado hacia dónde se ha ido? ¿Han oído ustedes algo?

Al verme a mí su mirada perdió toda expresión. Le cogí entonces de las solapas de su americana y le dije a voz en grito:

—¡Vamos a ver! ¡Usted debe de saber a dónde ha ido! ¡Y no hay que perder el tiempo si quiere verla otra vez con vida!

—¡Yo no he oído nada, ni lo han oído mis compañeros! ¡Nada, absolutamente nada!

Levante los ojos hacia él. Quien hablaba era un mozo alto, rubio, bien parecido. Sus ojos recorrieron el rostro de los demás jóvenes. Todos ellos permanecían mudos. Al fin, el rubio pareció despertar a la realidad.

—¡Tendremos que llamar a la policía! ¡Y sin pérdida de tiempo!

Los demás dieron muestras de asentimiento y vi como todo el grupo se lanzaba hacia la puerta de Salida.

—¡Danny, ya te he dicho que no te mezcles en eso! —insistió Evie de pie a mi auto.

Le acaricié la mano distraídamente y me separé de ella. Mientras me dirigía hacia las cocinas oí su grito de desesperación. No veía sirviente alguno. Empuje la puerta que daba acceso a la sección de

cocina de la casa. Los cocineros me miraron con extrañeza en los ojos. Tenían un plato en las manos, y uno de ellos sostenía también un cuchillo.

—¿Quien ha entrado aquí durante los últimos cinco minutos? —les interrogué enérgicamente.

Los dos hombres continuaron mirándome con los ojos muy abiertos. Uno de ellos encogió los hombros y me pidió:

—Por favor, repítalo más lentamente.

Me di cuenta de que no se trataba de ninguna broma. El individuo no hablaba bien el inglés. Quedé desconcertado. Me costaría mucho tiempo descubrir cuanto le habían pagado para que no hablara.

Eché una rápida mirada a mi alrededor. No había más que una puerta de salida. Cruce la sala. Nadie intentó oponerse en mi camino. Abrí la puerta de un tirón. Vi lo que había estado esperando. Una angosta callejuela bastante ancha para pasar un coche. Sólo que en aquellos instantes no se veía ninguno en ella.

Volví a entrar a la cocina. Ahora los camareros entraban y salían otra vez con su presteza habitual. Cogí a uno de ellos por el brazo.

—He entrado aquí —le dije— inmediatamente después del apagón de luces. ¿Dónde diablos estaban todos ustedes? No he visto ni uno por aquí.

Mi interrogado era un tipo pelirrojo y mirada indecisa. Al hablarme procuraba desviar sus ojos de los míos.

—Estábamos ahí fuera, señor, esperando órdenes.

—Esto ya lo sé, pero ¿de quién esperaban ustedes las órdenes?

—Es mejor que me deje en paz, señor. Los clientes me están esperando.

—La paz la tendrá usted en la cárcel si no contesta a mi pregunta —le espeté—. Dígame la verdad, rápido.

—Señor, por culpa suya no quiero que me echen a la calle, así que le repito que me deje en paz.

Cerré los dedos con más fuerza en su solapa, ya decidido a sacar algo en claro como fuera. Vi cómo el hombre parpadeaba, pero mi reacción llegó con unas milésimas de segundo retrasada. Solté al individuo y me dispuse a separarme de él. Acababa de volverme de espaldas cuando recibí un formidable puñetazo en el cogote. Tan fuerte fué que las luces se apagaron entonces en mi interior. Quedé

sin sentidos.

La primera señal de vida que noté luego fué una voz que me hería los tímpanos. Una voz que yo conocía bien:

—Ya te dije que no te metieras en nada. Te lo he dicho continuamente. ¿Por qué diablos habré tenido que enamorarme de un policía? ¡Debo de estar chiflada! ¡Cuando puedo tener puñados de hombres; hombres con más pasta y más sentido común!

—¡Y cabeza más dura! —repuse yo débilmente al tiempo que abría un ojo.

—¡Danny! —exclamó Evie agachándose rápidamente hacia mí y dejando en mi cara, supongo, una gran cantidad de carmín de los labios para demostrar su evidente alivio al verme revivir otra vez—. Me temía que estabas muerto o algo así…

—Pues no estoy ni algo así… —le contesté mientras recorría los alrededores con la mirada.

Me encontraba en un apartamento algo lujoso. Estaba tapizado con felpas y terciopelo y predominaba por doquier el color blanco y encarnado. De momento pensé que debía de pertenecer a alguna estrella de Hollywood. El aspecto lo daba a creer así. La suntuosidad estaba allí asociada con la falta de gusto, como es costumbre en tales lugares.

—¿Dónde demonios estamos? —pregunté sacando las piernas del bajo sofá escarolado.

—Estás en el apartamento de Vera. La pobre se ha comprometido admirablemente por mí.

Levanté la cabeza al tiempo que me llevaba la mano a la parte trasera de la misma. Vi entonces que no estábamos solos. Evie había traído realmente a alguien.

Nos encontrábamos al extremo de una larga habitación. La muchacha inquilina no llevaba ya el mismo vestido de noche que lucía en el club. Ahora iba con una *negligée* de color rosa que le sentaba maravillosamente a los ojos de cualquier fulano que entienda el paño.

—Vera —le dije apreciativamente—. Estupenda. Y doblemente guapa vista de cerca.

—¡Déjate de piropos ahora! —me espetó Evie enérgicamente—. Si te sientes mejor, Danny, convendría que nos largásemos de aquí cuanto antes. Vera está en peligro al tenernos aquí a nosotros.

Me puse en pie entonces y noté como si la habitación se viniese abajo. Evie me dió la mano.

—Ten calma, Danny —me recomendó con una voz velada por la ansiedad.

—Pero… ¿qué pasa? —pregunté con cierta terquedad—. ¿He de salir de aquí o tengo que tomármelo con calma? A ver si nos entendemos…

Volví a mirar a Vera. La dama estaba apoyada en la pared en actitud de reposo, pero sus dedos jugueteaban con el cordón de la bata, moviéndose incesantemente, con cierta nerviosidad, como si no pudiese tenerlos quietos.

—¿Que pasa, Vera? —le pregunté—. ¿Estás preocupada por algo?

No me contestó. Sus ojos estaban clavados en los míos, pero de sus labios no salía palabra alguna. Miré, entonces a Evie.

—Por lo visto, Vera no es un tipo de mujer locuaz, ¿no es así? —le pregunté.

—Vámonos, Danny, será mejor. Yo te ayudaré. Vete a tu apartamento y llama al doctor.

—No tengo por qué llamar a ningún doctor, nena —rehusé—. En todo caso tendremos que llamarle si salgo de aquí enseguida.

Las manos de Vera cesaron de moverse por un segundo. Irguió la cabeza y enderezó el cuerpo. Sus ojos miraron a Evie.

—Me has dicho… —empezó.

Yo la interrumpí:

—Siendo así no creo que Evie tenga que contestar por mí. Vera, yo sé qué debo hacer. Y voy a hacerlo sin pérdida de tiempo.

—Nada sacará con hacerme preguntas, *mister* —replicó la muchacha en tono tajante—. Yo no sé nada en absoluto. Está usted aquí en mi casa solamente porque Evie es una compañera mía y no podía dejarla…

—¿Dejarla cómo? —le interrumpí otra vez—. Lo peor que me podía ocurrir era verme, arrojado en la callejuela tras haber recibido unos cuantos porrazos más. No sé por qué habéis tenido que exponeros trayéndome aquí si esto os resultaba peligroso… —Miré a mi alrededor y dije luego—: Me imagino que esto debe pagarlo Joey Derocha, el tipo que odia mi pellejo como ninguna otra cosa en el mundo… Sí, ya veo; si me encontrase aquí te

marcaría sus iniciales en tu delicioso palmito, nena…

—¡Danny, cállate! —El gemido de Evie hizo volverme hacia ella.

—¡Que callarme ni que ocho cuartos! —exclamé—. Quiero saber cómo has logrado que esa chica me admitiese aquí. ¿Ha sido sólo por amistad contigo? ¿U es que ella se temía algo? Habla, Evie; es mejor que me lo digas porque he de saberlo también tarde o temprano.

—Ya sé que lo sabrás, Danny —replicó la muchacha con una especie de lamento. Y mirando a Vera—: ¡Lo sabrá! —le repitió como si antes no lo hubiese oído.

—¡Sácalo de aquí! —dijo entonces Vera—. ¡Deprisa!

—Vamos, Danny, por favor; hazlo por mí…

Evie aparecía terriblemente hermosa en aquellos momentos, suplicante, que es como las mujeres están más guapas y más deliciosas. Pero el caso es que en aquellos momentos no podía ceder yo a las súplicas. Allí había algo más. Algo que tenía que aclarar como fuese.

—No me iré de aquí hasta que sepa por qué diablos has convencido a Vera para que me admitiera en su aposento. Quiero saber qué era lo que temías, Vera. No creo que fuese por temor a que descubriese algo acerca de Joey. Entonces estaba frío como un fiambre, de modo que, sea lo que fuere lo que él haya hecho yo no podía verlo. ¿Es que se proponía liquidarme? Y tú no lo has querido en atención a Evie. ¿No es así? ¡Contéstame!

—Sí, así es. ¡Y ahora vete al infierno, pero márchate de aquí cuanto antes!

Vera había vuelto a la vida. Sus ojos despedían llamas de fuego. Me acerqué a ella. Vista de cerca estaba aún más terrorífica.

—¿Por qué? ¿Por qué se proponía matarme?

—Te repito que salgas de aquí cuanto antes. Es una advertencia.

—Y yo te advierto también, Vera, con un poco más de razón de mi lado. Una niña como tú es lástima que tenga que verse en la cárcel. ¡Dime el por qué tan deprisa como puedan salir las palabras de tus labios!

Un profundo silencio reinaba en la habitación. Sólo se oía el acelerado respirar de Vera y un breve sollozo intermitente de Evie. Al fin, salieron las palabras:

—Él creía que habías visto salir a «ella»… Dijo que había que

liquidarte a ti para que no quedase testigo alguno.

—¿Carole Van der Lone?

—Sí; le ha encargado a Otto que cuidase de ti. Otto te ha puesto en un coche que tenía en la callejuela de atrás. Yo se lo he advertido a Evie. Ella ha tomado el volante y te ha traído aquí. Te hemos subido por el ascensor del servicio.

La miré fijamente. Luego dirigí los ojos a Evie. A continuación me senté y me eché a reír. Vera lanzó una racha de maldiciones. Levanté la cabeza. La dama tenía un vocabulario más que regular.

—Lo siento, Vera —dije—. Es que me hace gracia la idea de que vosotras, un par de lindas criaturas, me hayáis traído aquí. Me hace muchísima gracia, nenas; no lo puedo remediar.

—Danny, déjate de payasadas ahora. Vámonos enseguida —y con una inflexión de súplica, Evie añadió—: ¿No ves en qué clase de apuro le metes a Vera si Joey…?

Le miré a Evie y la hice callar por lo visto.

—Escucha, nena; las dos me habéis salvado la vida, y no puedo dejarlo así…

Vera se apartó de la pared y se dirigió hacia mí. Su perfume me envolvió de tal modo que sentí su aliento en mi rostro.

—Ten en cuenta —dijo— que si él viene y te encuentra aquí, puedes despedirte del mundo de los vivos. Yo no sé si es un granuja y si realmente es un asesino de pies a cabeza; sólo sé que no es nada bueno y que yo no puedo quererle de ningún modo. Pero me mantiene bien y yo tengo miedo a probar de vivir con mi salario en Nueva York. No me sería posible. Nunca he sido ahorradora; he despilfarrado siempre como hacía mi madre. Por eso es por lo que siento pánico de romper mis relaciones con Joey. Al menos quisiera sacar de él lo bastante para comprarme una casa. No quisiera nada más.

—Una casita y unos cuantos años de presidio al otro lado de ella —dije lacónicamente.

Sus ojos se abrieron de un modo extraordinario. No le había convencido.

—¡Bah! ¡A él es imposible que le echen el guante! Usted lo sabe muy bien…

—¿Por haber raptado a Carole Van der Lone? Le cogerán sin duda alguna.

—¿Cómo? No existen pruebas. Joey estaba en el bar en el momento en que se ha producido el apagón.

—No quiero discutir eso contigo, nena —contesté—. Yo «le cogeré» a Joey, no te apures. ¿No te satisface esta noticia?

—No. Y te repito que te vayas de aquí.

—Calma, calma; me iré. Lo que siento es que te empeñes en unir tu suerte a la de ese pajarraco, Vera. Eres una chica demasiado guapa para un renacuajo de esa calaña; un tipo que ha de terminar indefectiblemente en el patíbulo. Ésta es la pena que recibe el acusado de rapto. Es una ofensa a la policía, federal, ¿no sabes?

—No le alcanzarán, y ésta será su última operación. Con ella obtendrá tantísimo dinero que no tendrá que preocuparse…

—Sí, el cuento de siempre —dije—. La última vez. No hay ningún pillo que no tenga su mística «última vez». El último golpe que cerrará su carrera profesional y le permitirá vivir en el país de Jauja durante el resto de su vida.

—¡Danny, por favor! —suplicó Evie de nuevo.

Me volví hacia ella.

—Muy bien, nena —le dije—. Ahora nos vamos, pero no perderé de vista a Vera. Quizá tenga ocasión de ayudarle… Es muy posible.

Miré otra vez a la beldad. Comprendí que era sincera. Ella sabía que yo tenía razón, pero no estaba dotada del valor suficiente para salir de la clase de vida a la que le había llevado Joey. No tenía otro remedio que continuar por ella hasta el fin. Y éste no estaría ya muy lejano si de mí dependía en algo.

—Hasta la vista, Vera —dije volviéndome para mirarla desde el umbral.

Fué en aquel momento cuando la pequeña luz roja del lado de la puerta se encendió y pude oír la rápida aceleración del respirar de Vera. Comprendí lo que aquello significaba sin necesidad de que me lo dijera. La intensa expresión de pánico que se reflejaba en su rostro era harto elocuente para que hiciese falta decirlo con palabras.

—¡Oh, no! —susurró.

Evie se había puesto pálida como la nieve. La cogí fuertemente del brazo.

—¿Tienes una salida para caso de incendio? —pregunté a Vera.

La muchacha señaló torpemente hacia el cuarto de baño. Hacia

allí me dirigí arrastrando a Evie tras de mí. Entonces me acordé, de pronto, de los altos tacones que llevan las señoras. Solté la mano de Evie y le dije:

—Tú puedes quedarte aquí. No veo que exista ningún peligro en ello. Puedes decir que tropezaste Conmigo en el «Sapphire Horseshoe». No te salgas de esta historia. Luego nos veremos, Evie.

La chica no quería separarse de mí. Agarrándose fuertemente a mi mano, me preguntó:

—¡Danny! ¿No te sucederá ningún contratiempo?

—¡No temas! —le dije deshaciéndome de ella y entrando en el cuarto de baño.

Abrí la ventana; luego volví hacia la puerta y apliqué el oído en ella.

De las muchachas no llegaba ningún ruido. Luego oí abrir con llave la puerta de entrada y la voz de Joey a continuación seguida de otras voces.

—¡Hola, niña! ¡Diablos, creí que nunca acabaría de llegar aquí!… —Hubo una pausa hasta que se dió cuenta de la presencia de Evie—. ¿Quién es esta chica?

Vera dió las explicaciones de rigor, después de lo cual oí como Joey decía:

—Encantado de conocerte, nena, pero te convendría largarte de aquí porque tenemos que discutir un poco. Ala, andando. Tú, Vera, a la cama. Nos veremos más tarde.

—Pero, Joey… —empezó Vera.

Pero no pasó de ahí. El bruto le cerró la boca de un modo contundente.

—Ni una palabra, Vera. Haz lo que digo. Yo voy a tomar una ducha y luego tenemos que celebrar una conferencia con los muchachos que durará un par de horas. Hay muchas cosas que hablar. Cosas que a las chicas no pueden interesarles un bledo.

No oí nada más. La palabra «ducha» se clavó en mi mente como un rótulo de gas neón. Pasé por la ventana como una exhalación. ¡No tenía el más pequeño deseo de verme conducido al depósito de cadáveres aquella nochecita!

Cerré la puerta de la ventana tras de mí del mejor modo que pude y bajé por la escalera de hierro silenciosamente, pasando por el lado de las ventanas con todo el cuidado de que era capaz. Salté

al suelo antes de llegar al fondo y me dirigí a la esquina del edificio donde vi un taxi por una de cuyas ventanillas asomaba la linda cara de Evie marcada con intensa ansiedad. Me acerqué al coche y subí.

—Danny —empezó la joven.

Yo levanté un dedo y se lo puse encima de los labios diciéndole:

—Por mucho que te quiera, Evie, a veces tengo que meditar. Y ésta es una de ellas.

El taxista me estaba inspeccionando por el espejo retrovisor.

—¿Mister Spade? —preguntó.

Yo moví la cabeza en señal afirmativa.

—El mismo —dije.

El hombre me entregó un diario de la noche.

—¿Ha visto usted qué han hecho esa pandilla? Es el colmo de la desfachatez.

Cogí el diario y eché una ojeada. Con una tuve suficiente. Los titulares eran tan deslumbradores que habría podido leerlos perfectamente a una distancia de veinte pasos:

CAROLE VAN DER LONE RAPTADA EN UN FAMOSO CLUB NOCTURNO

La información ponía de relieve lo rica que era la conocida heredera. Decía dónde vivía cuando estaba en Nueva York y cuando se trasladaba a California y a Florida. Su nombre estaba estrechamente unido a una larga lista de propiedades. En lo que más me fijé, sin embargo, fué en la dirección de su padre. El hombre vivía en Long Island.

—¿Es una faena regular, eh? —comentó el taxista al cabo de un rato.

Yo estaba leyendo para enterarme del lugar donde la policía esperaba que se encontraría la nota de la banda pidiéndole a *Mr.* Van der Lone un rescate fabuloso para su hija.

—Sí —le dije al conductor—. ¡Una buena faena, desde luego!

Mis ojos se pusieron de nuevo a la dirección del padre de los millones. A continuación volví a mirar al taxista y le dije:

—Vamos a dejar esta dama en la esquina de la calle Downtown y Dieciocho. Luego nos llegaremos hasta Long Island. ¿De acuerdo?

El taxista sonrió.

—¡Danny, no te mezcles en ese lío! ¡Te lo repito otra vez! —gimió de nuevo Evie.

Yo saqué un cigarrillo y lo encendí. ¡Joey iba a pagar caro el porrazo que me había propinado en la parte de atrás de la cabeza hacía unas pocas horas!

CAPÍTULO III

Evie estuvo protestando la mayor parte de los diez minutos que tardamos en llevarla hasta su casa. Pero no logró nada con ello. El taxista frenó al lado de la acera y yo me volví hacia la muchacha para decirle:

—¡Apéate! Y no lo interpretes como que me quiero desembarazar de ti. ¿Entendidos?

—Danny —insistió ella otra vez—, sólo quiero pedirte una cosa; sólo una cosa…

—Has pedido ya bastante, Evie; no hay nada que hacer. ¡Adiós, cielo!

Y le di un beso en la mejilla.

Evie es pequeña, pero no sé cómo es posible que en su pulida y atrayente figurilla haya tanto músculo. Músculos que entraron en acción en aquellos instantes impensadamente. Sus brazos se cerraron detrás de mi cuello al tiempo que noté cómo sus labios se ponían encima de los míos.

—¡Puedes hacer algo mejor que eso! —me dijo al oído en un dulce susurro.

Era verdad. La chica me ayudaba a recordarlo, por lo que no tuve otro remedio que pensar en ello. La besé entonces con toda mi fuerza. Por unos instantes pensé en lo delicioso que debía de ser la profesión de taxista. Al fin pude acabar con la terrible escena.



—¿Es buena la chica? —le pregunté.

—¡Basta! —exclamé separándome de ella aprovechando que le faltaba el aliento por unos instantes.

—¡Danny! —gritó ahora sin ningún temblor en su voz que me sonaba otra vez serena y familiar—. Lo único que deseo en el mundo es que me quieras. Que me quieras tú solo tú y nadie más que tú.

—Te comprendo muy bien, Evie —le aseguré—. Y no creas que

yo no siento lo mismo que tú. Sólo que… —Y me interrumpí.

Ella levantó la cabeza con una chispa de indignación en los ojos.

—¡Sólo que prefieres ir detrás de un tipo viejo que posee un millón! —me espetó con energía.

De momento no tuve valor para pensar que anduviese muy equivocada.

—Varios millones —rectifiqué—. Y en el caso hay algo más que eso; tú lo sabes.

Evie me miró con el rostro reblandecido. Era una muchacha linda, y, lo que es más importante, tenía sentimiento bajo la capa de su hermosura. Una cosa que no se puede decir de todas las mujeres guapas. Bien, no es cosa de entrar ahora en detalles. Ustedes mismos pueden juzgarlo por el hecho de que la chica me hubiese llevado a casa de su amiga, sin lo cual a aquellas horas habría estado ya flotando sobre las aguas del Hudson… o en el fondo con una piedra al cuello. Sí, hay que reconocer que la menudita Evie era toda una hembra.

—Muy bien, Danny —me dijo—. Creo que no podemos torcer el curso de nuestro destino…

—Mañana te llamaré por teléfono, nena —le prometí.

Ella meneó la cabeza tristemente.

—No me tomes el pelo ahora —contestó—. Cuando te metes en un lío de ésos ya sé que no te veo en sol ni en sombra hasta que lo has terminado.

—Esto podría ocurrir antes de lo que tú te imaginas. Confía en mí.

—Termina, pues, cuanto antes, Danny —me dijo en voz baja, muy agradable.

En aquel momento me importaban un pepino lo mismo Carole Van der Lone que toda la pasta de su papá… Lo que sí continuaba interesándome profundamente era meterle mano a Joey y mandarle a donde no había estado nunca. Quería también librar a Vera de su cárcel, y no había más que un camino para ello: meter al rufián en la cárcel para toda su vida. Y mayormente esto me interesaba por la memoria de mi viejo. Él había empezado con Joey. Si el granuja hubiese tenido algo de bueno en su interior habría hecho caso del aviso que mi padre le dio y habría cambiado de camino. Para ello no tenía necesidad de ir tan lejos como fué Rocky Malone si es que

su vocación no le aconsejaba tal cosa. Pero lo que sí podía haber hecho era situarse en un trabajo decente. Si escogió la profesión del crimen fué deliberadamente, por propia voluntad. Joey era mano en el juego en que yo iba a tomar parte. Del mismo modo que lo habría hecho mi padre. Y sin importarle los jirones de carne que podía dejar en el camino hasta conseguir su objetivo final.

—Te veré pronto, te lo aseguro, querida mía —le dije—. Lo repito: ¡muy pronto!

Evie salió del taxi. Estuve unos instantes contemplando cómo se alejaba en dirección a la casa de apartamentos donde se hospedaba. El taxista me miró por el espejo. En sus ojos se reflejaba su aprobación a mi gusto. No me extraña.

—Bien —dije—. ¡Vamos a ver al viejo Van der Lone!

Nos pusimos en marcha hacia Long Island. Cuando llegué a la vista de la casa observé varios grupos apelotonados frente a ella. Gente de la prensa. Y público. Ya se sabe; un rapto no es precisamente una cosa que permanece secreta ni mucho menos.

—Creo que debe de haber otra entrada por ahí —dije como hablando para mí.

El taxista me oyó. Levantó los ojos y dijo:

—Creo que iría mejor solo.

Tenía razón. Me apeé y pagué el importe. Vi luego cómo el hombre se alejaba con sentimiento. Le habría gustado, sin duda, saber qué pasaba a continuación. Me dirigí luego hacia la multitud que aguardaba frente a la puerta de la espaciosa mansión.

Me encontré con un par de periodistas conocidos. Eran Jimmy Delany y Rick Kane.

—¿Qué hay de nuevo, simpáticos papanatas? —les dije enseguida.

Por la cara que ponían me di cuenta que el asunto les había interrumpido una hora de placer que los chicos estaban gozando.

—No seas malo, Danny; ¿qué quieres que sepa un hombre y a estas horas? —se lamentó Jimmy Delany que tenía una mollera dura más que regular.

También llevaba una máquina fotográfica en la mano. La miré. Vi que era una miniatura preciosa. La más pequeña que había visto hasta entonces. Seguramente que era un tipo recién salido al mercado. Jimmy observó mi curiosidad y se apresuró a decirme:

—Es lo más nuevo que hay. Con ella saco fotografías mientras voy haciendo preguntas.

—¿Y qué haces, entre tanto, con los dedos de los pies? —pregunté distraídamente—. ¿Cascas nueces?

—¡No! —me espetó él—. ¡Hago de policía!

—No te sulfures, Jim —le dije. Y mirando a Rick—: ¿Qué tal os gustaría ir a ver al viejo Van Lone si estuvieseis en mi lugar y tuvieseis un verdadero motivo para ello?

Las cejas de Rick llegaron hasta la línea del pelo de la cabeza.

—Hombre, no deja de ser interesante —dijo—. ¿Qué puedo ganarme si ideo la forma de llegar a él? —preguntó enseguida.

Cogió uno de sus cigarrillos mientras le contestaba:

—Si te dijese que estuve en el «Sapphire» esta noche cuando la niña ha sido raptada, y que creo no equivocarme en cuanto a quién es el autor de la faena… Y que si me encargo del asunto creo llevarlo a buen fin. Y tú, Rick, o tú, Jim, podéis tener la exclusiva del reportaje. ¿Qué os parece?

Hubo lo que se llama un silencio preñado durante unos instantes. Los dos periodistas necesitaron algún tiempo para ver cómo podían escamotearse uno a otro el apetitoso bocado de los incidentes del rapto y de su desenlace. Al fin llegaron a la conclusión de que tenían que lograrlo a través de mí. Yo les dije que, o eran los dos al mismo tiempo o ninguno. La cara de ambos reflejó el sentimiento que les causaba el que uno de ellos no cayese muerto dejando el campo libre al otro. Luego, viendo que no les quedaba otro remedio, aceptaron el hecho sacando la mejor tajada que pudiesen de la situación. Rick miró a Jimmy, después de lo cual los dos manifestaron su asentimiento con un movimiento de cabeza.

—De acuerdo. Danny —dijo Rick—. ¿Qué tienes publicable hasta el momento?

—¡Oh, no, nada de eso! —exclamé—. Ahora lo que interesa es entrar ahí… —dije señalando la rica casa—. Quiero hablar con el viejo.

—Claro, con toda su pasta, no me extraña —comentó Jim con una sonrisa burlona.

—No se trata, de la pasta ahora, Jim —dije—. Créelo o no lo creas.

—Lo creo —repuso Jim con cara seria—. Si tantas ganas tuvieses

de hacer dinero, seguro que otro gallo cantaría hoy.

—¡Ojalá hubiese tenido yo tus oportunidades! —Se dolió Rick.

—Si yo hubiese sido periodista en algunos de los lugares en que me he encontrado —dije después de meditar unos instantes—, podía haberme aprovechado de lo lindo. Pero no era más que un detective particular a quien alguien pagaba para salvarle la vida… generalmente. Esto no es tan brillante. Yo no puedo escribir ningún libro sobre la vida de determinada persona. Me está vedado hablar como harían otros mortales. Es una lástima, pero es así.

Los dos amigos se miraron entre sí meneando la cabeza, pero yo vi que comprendían perfectamente. Jimmy encendió uno de los cigarrillos de Rick.

—Él viejo ha prometido una conferencia de prensa antes de diez minutos —dijo—. Podemos introducirte con nosotros.

—¿Y los demás muchachos de la prensa? —objeté mirando a mi alrededor—. Les conozco a todos ellos. Me verán y olfatearán algo.

Jim movió la cabeza afirmativamente y se hundió en el silencio. Luego Rick me dió una palmada en la espalda que por poco me hace caer.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. Coge la máquina fotográfica de Jim y húndete el sombrero hasta las orejas. Yo cuidaré del resto. No os preocupéis. Ahora mismo escribes un mensaje que yo llevaré al viejo. ¡Veremos si me adelanto a todos los demás!

—¿A cómo vas a lograr llevarle ese mensaje? —pregunté con escepticismo.

—Puedo mandarle una pregunta y decirle que es todo lo que desea saber el *Morning Globe*. Él puede contestarla, y así yo tendré ocasión de continuar. ¡Nada, es lo mejor que se puede hacer en estos momentos! El viejo verá lo que tú has escrito y no dejará de interesarse inmediatamente. ¡No puede fallar!

Asentí. Yo estaba ya ahí dentro. La lástima era que los policías de los cuatro puntos cardinales de Nueva York revoloteaban por allí a puñados. Y lo más probable era que un tipo forrado de billetes como aquél tuviese una docena de detectives particulares. De momento no comprendía la razón que me podía inducir a creer que el hombre quisiera recibirme. Pero dejando aparte mi repentino complejo de inferioridad, había que reconocer que la idea de Rick era excelente. Le miré y le cogí la mano para estrechársela.

—Estupendo —dije—. ¡Venga un trozo de papel y una pluma!

—¡Ni hablar de eso! —exclamaron los dos a un tiempo.

Periodistas y sin llevar encima una sola muestra de semejantes artículos de su profesión. Rebusqué en mis bolsillos y di con una hoja de papel. A un fulano que había cerca de nosotros le pedí prestada su pluma. Fui breve; había que ir al grano.

«*Mr*. Van der Lone:

»Esta noche me encontraba en el “Sapphire” cuando su hija ha sido raptada. Creo que tengo alguna idea sobre el caso y quisiera hablar con usted».

Esto era todo. Añadí mi nombre y entregué la nota a Rick.

En aquel instante hubo un movimiento hacia la puerta; el mayordomo acababa de llamar a los periodistas. Vi al capitán Mally, de la Brigada Criminal. ¿Qué diablos estaría haciendo por allí? Aquél no era un caso para la Criminal… todavía.

Detrás de él vi al inspector Ryan, de la Brigada de Personas Desaparecidas. Claro está, cuando uno tiene una bolsa como la de Van der Lone, no es extraño que atraiga a todo el Cuerpo de Policía. Rápidamente vi disminuir las posibilidades de una entrevista con el millonario, sobre todo si Ryan me veía entre los chicos de la prensa.

Rick pasó la nota al mayordomo, acompañada de unos cuantos dólares, observé cómo el hombre replicaba con un ceño y un aire de dignidad ofendida, pero me pareció que ello era una especie de *pose* para el caso que alguien hubiese observado la maniobra.

El resto de los de la prensa se apretujaba hacia la entrada. Tuve el tiempo justo para coger la máquina fotográfica de manos de Jim y recibir sus instrucciones para el caso —¡menos mal que no ocurrió!— de que tuviese que utilizarla.

Ahora empezaba lo difícil de la operación. Cruzábamos el umbral del salón. Yo iba entre Jim y Rick, y llevaba el sombrero hundido casi hasta los ojos. Le dije unas palabras al oído a Rick mientras entrábamos. Todos los periodistas rivalizaban empujándose y abriéndose paso a codazos para llegar en primer lugar ante Van der Lone.

—¿Crees que le habrá entregado el papel? —pregunté a mi amigo.

—Ha dicho que lo haría, por lo menos.

Cuando al fin estuvimos todos dentro fué cerrada la puerta para el público que aguardaba en el exterior. ¡La gente presa de curiosidad morbosa para ver qué cara ponía un hombre acaudalado a quien habían robado la hija!

El vestíbulo, aun siendo muy espacioso, estaba repleto de periodistas. También divisé la facha de varios policías que pululaban por doquier. ¡Y Ryan, que parecía mirar hacia mí! Si me descubría estaba perdido. Además de que procuraría echarme de allí enseguida como quiera que fuese, querría enterarse también del motivo que me había inducido a mezclarme con ellos, y se esforzaría por arrancarme cualquier dato que yo pudiera tener. Descubriría además mis movimientos y se enteraría de que había estado en el «Sapphire» de lo que deduciría que yo había presenciado algo. Naturalmente, como es una ofensa ocultarle algo a la policía a menos que sea en interés del cliente del detective privado… Pero lo peor del caso era que en aquellos instantes yo no tenía todavía ningún cliente.

Le di un codazo a Rick en las costillas para llamarle la atención hacia Ryan.

—¡Me ha localizado! —Advertí.

Demasiado verdad era mi presentimiento. El inspector estaba avanzando a través de la masa en dirección al lugar donde yo me encontraba. Rick lanzó una maldición. Yo puse en juego también mi repertorio y añadí alguna cosilla más. Jim me miró extrañado. No había visto a Ryan.

—¿Qué diantres te pasa? —preguntó.

Me volví para explicarle, pero, en aquel momento, vi que el mayordomo salía de la pieza donde, al parecer, Van der Done iba a recibir a la prensa. La altiva mirada del criado recorrió la multitud. En cuanto descubrió a Rick le hizo seña para que se acercase. Como no sabía el nombre, echó una mirada al papel que tenía en las manos… ¡mi papel!

—Mister Spade ¿me hace el favor de pasar? Mister Van der Lone desea hablar con usted.

Aquellas palabras me parecían una pieza de concierto sinfónico.

Del mismo modo que, según me imaginaba, a Ryan debían de parecería discordantes. Tenía la cara enrojecida por la ira reprimida y me hacía señas que parecían un tanto rudas a pesar de la distancia que todavía nos separaba. Yo sonreí y correspondí a sus señas como se hace con un viejo amigo y no como a un tipo que me consideraba como uno de sus enemigos naturales.

—¡Sujetaré a Ryan! —me dijo Rick entre dientes.

Hice un signo de asentimiento con la cabeza.

—Gracias, Rick —dije al tiempo que me ponía en marcha—. No te arrepentirás de ello.

—Quieres decir que será el periódico quien no tendrá por qué arrepentirse —enmendó.

Yo sabía qué quería decir con ello.

Me dispuse a abrirme paso entre la apretujada multitud. A mi alrededor todo el mundo quería saber por qué diablos me habían llamado a mí precisamente y qué clase de humos tenía yo en la cabeza para usurparles a los profesionales de las noticias, semejante honor de ser llamado el primero. Además no parecían dispuestos a tomarse con calma el retraso qué ello significaba para la conferencia a la que habían sido llamados. ¡Y de Ryan no digamos nada!

Llegué al fin ante el mayordomo y me enfrenté con su mirada inquisitiva.

—¿Es usted *Mr*. Spade? —preguntóme. Y cuando yo hube asentido moviendo levemente la cabeza, me indicó—: Por aquí, haga el favor.

Mr. Van der Lone no me pareció un millonario al primer golpe de vista. Más bien parecía un padre asustado, preocupado y enfermo. Claro, cualquiera habría hecho lo mismo en su situación. Yo no siento debilidad alguna por los potentados de la finanza, pero sentí una verdadera compasión a la vista de aquel hombre. Inmediatamente avanzó hacia mí con una mirada en sus ojos que parecían atravesarme. Era evidente que el hombre esperaba mucho de mí.

—¿Es… es cierto que me trae… que me trae alguna noticia, *Mr*. Spade? —dijo en un tono de interrogación y de súplica al mismo tiempo.

—Noticias, no, *Mr*. Van der Lone —le dije con toda la

naturalidad y la calma de que fui capaz—. Sólo creo que casualmente puedo ayudarle y quisiera recabar su permiso para intentarlo.

Vi cómo se apagaba un fulgor en sus ojos aun cuando el hombre controlaba muy bien su desilusión. Me imaginé que Van der Lone había estado esperando que le daría la deseada respuesta en breves palabras. Sentí que mi lacónico mensaje le hubiese llevado por una senda equivocada. El hombre se alivió interiormente y aun trató de forzar una torcida sonrisa. Le admiré por ello.

—Desde luego —me dijo—, debe usted perdonarme. Creo que esperaba demasiado… Pero usted comprenderá; estoy en una situación desesperada.

—Comprendo.

—Y dígame, *Mr*. Spade: ¿de qué modo cree que me puede ayudar en este trance? En primer lugar he de decirle que la policía ya está aquí y que les he prometido mi plena colaboración.

—Comprendo también.

—Me han dicho que recibiría una nota pidiéndome una suma de dinero y señalando el modo de pagarla. También me han indicado que en cuanto la reciba he de resolver si hago lo que me piden los raptores o si le doy a la policía oportunidad para alcanzarles y para rescatar a mi hija.

Le miré con dureza mientras hablaba. Sus ojos iban de un lado a otro hasta que finalmente se detuvieron en mi rostro.

—La elección no es nada agradable, lo reconozco —dije.

Sus manos se extendieron hacia mí como las del individuo que se está ahogando y busca agarrarse a la tabla de salvación.

—No sé qué hacer… —dijo interrumpiéndose a media frase.

Eché una ojeada a mi alrededor y vi una botella de *whisky* encima de una mesa. Al lado de la botella un sifón. Me acerqué allí y serví un buen vaso que le ofrecí. *Mr*. Van der Lone lo tomó distraídamente, bebió un sorbo, hizo una mueca, miró al líquido y me devolvió el vaso.

—No bebo —me advirtió.

—¡Debe hacerlo ahora! —le recomendé.

El hombre me miró y movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Sí —dijo— creo que tiene usted razón.

Terminó entonces de beber y me llevé el vaso.

—Ahora —le dije encarándome otra vez con él— espero que ponga atención y crea lo que voy a decirle. Es algo raro, pero es la verdad. No creo que la policía se lo expusiera del modo que yo voy a hacerlo. Después de todo, usted es un contribuyente, un hombre acaudalado, y ellos no quieren que, indebidamente, tenga preocupaciones. En cambio, yo creo que es necesario que conozca usted los hechos tal como son: descarnados, crudos.

Mr. Van der Lone me miraba con firmeza en los ojos. Sí, parecía un poco asustado, pero, resucito.

—Hábleme con toda sinceridad —dijo en tono de calma—. Yo no he sido siempre un hombre rico. Hubo una época en que no tenía dinero; vivía del trabajo de mis manos… En aquella época poco me habría asustado la verdad. Pero no creo que haya cambiado hasta tal punto.

Acepté la indirecta repulsa. El hombre tenía derecho a ella.

—Todos los raptos siguen una pauta. Ahora son mucho menos frecuentes porque ello constituye una ofensa a las Leyes federales y la pena está en la silla eléctrica. Aun en el caso que los raptores sean habidos en el momento de iniciar el rapto sin que hayan tenido tiempo de consumarlo. Pero los que hoy se llevan a cabo todavía, esos pocos alocados que creen poder realizar lo imposible, todos tienen una cosa en común… y es mejor que no me crea, Mister Van der Lone, en este caso; la víctima, nunca sale, con vida. No ganan nada con respetarle la vida. ¡Ellos recogen el dinero, pero la chica o el chico mueren siempre antes de salir de sus manos!

¿Rudo? Efectivamente; lo reconozco. Pero era la pura verdad. Van der Lone volvió el rostro atrás por unos instantes durante los cuales vi que los nudillos de sus dedos se le ponían blancos y que la tensa piel que los cubría se ponía apergaminada. Por unos breves segundos oí el rítmico tic-tac del gran reloj de pared. En medio de aquel silencio parecía realmente un ruido ensordecedor.

Van der Lone volvió el rostro hacia mí. Había recuperado el control de sí mismo.

—¿Qué me aconseja hacer?

—Llamar a la Prensa y darles una declaración que *debe* publicarse en primera página de la primera edición. Diga que

colaborará usted con los raptores; que ha pedido a la policía que se mantenga al margen del asunto; que no tiene el menor deseo de poner en peligro la vida de su hija… y que está perfectamente dispuesto a considerar cualquier demanda de dinero por crecida que sea la suma.

El hombre me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Me aconseja que ceda?

—No —repliqué—. Le aconsejo únicamente que haga esta declaración a la prensa.

Sus ojos me atravesaron. Noté como si penetrase una corriente de aire por el agujero que me habían dejado en el cuerpo.

—¿Y después? —me preguntó.

—Entonces yo me pondré en acción.

—¿En qué? ¿Tras de quién? ¿No creo que posea usted más datos que la policía, verdad?

—Ahora no le puedo decir nada más, Mister Van der Lone. Sólo quiero que sepa que si yo tomo parte en el caso, *puede* que *Miss* Van der Lone sea asesinada, pero si usted hace lo que tenía intención de hacer antes de hablar conmigo, entonces no le quepa la menor duda de que su hija no hablará nunca más con usted. En tal caso su muerte sería más que segura; segurísima.

De nuevo resonó en la sala el
tic-tac
del reloj y se vió el leve temblor que contraía el rostro del hombre por espacio de unos segundos. A continuación Mister Van der Lone miró a la puerta vidriera que había detrás de nosotros y volvió luego los ojos hacia mí.

—Será mejor marchar por el camino que me ha aconsejado —dijo—. Yo haré la declaración que me ha indicado. ¿Cuándo nos volveremos a ver?

Suspiré interiormente y reconocí por primera vez lo mucho que iba a significar para mí el haber conseguido el primer objetivo.

—He de recobrar a su hija dentro de veinticuatro horas o puede dar mi empresa por fracasada. Creo que esto no puede ser más claro.

De momento Mister Van der Lone no levantó los ojos hacia mí. Sin moverlos del suelo, preguntóme:

—Y si no la tenemos dentro de veinticuatro horas supongo que

quiere decir que no volveré a verla ya más con vida, ¿no es así?

—Así es.

Mister Van der Lone levantó la cabeza y me tendió la mano. Se la estreché entre las mías. En su apretón había pleno vigor.

—Gracias por haberme hablado claramente —dijo—. No es frecuente que se de este caso en un hombre de mi posición y en mis circunstancias.

Mientras salía cruzando el jardín hacia la puerta trasera de la casa oí el ruido de los periodistas al irrumpir en la sala. Oí también las primeras preguntas hechas simultánea, y apresuradamente y noté luego el siseo que recomendaba silencio antes que el hombre hiciese su declaración. Me estaba imaginando, la cara de los informadores. Pero la que mejor me representaba era la de Ryan. El hombre debía de estar echando chispas en aquellos instantes. Y el caso era que, de hecho, no tenía yo ningún deseo de ir en contra de Ryan. El fulano me era simpático. Pero lo que sí quería era echarle las manos encima a Joey Derocha. Y lo quería más que mi propia vida en aquellos momentos.

Capítulo IV

Regresé a mi apartamento a las tres y media de la madrugada. Al entrar en el ascensor el portero me miró con una expresión significativa.

—Bien, amigo mío, ¿qué diablos le duele? —le pregunté—. ¿Qué es lo que se guarda en la manga? Algo que cree usted que a mí no me va a gustar…

El hombre tragó saliva un par de veces antes de decidirse a contestar.

—Puede que le guste a usted, puede que no le guste un pelo. De todos modos le diré, para empezar, que creía que la dama era amiga suya y que cuando me ha preguntado…

—¿A qué dama se refiere? —le pregunté con todo el interés—. ¿Qué dama? ¡Conteste enseguida!

—La pequeña, *Mr*. Spade; la que trajo aquí el otro día. ¿No se acuerda usted? Por la mañana le he dicho a usted…

—¡Bah! Déjese de recuerdos ahora —le indiqué sin tapujos, puesto que no estaba para forzar la memoria en nimiedades—. Dígame dónde está la chica y qué es lo que ha ocurrido.

Su viejo rostro estaba bastante arrugado de natural, pero ahora las arrugas eran mucho más numerosas y más profundas.

—La dama ha venido hace una hora más o menos, *Mr*. Spade. Estaba trastornada. Me ha dicho que quería verle a usted, y cuando le he contestado que usted no estaba, me ha dicho que ya lo sabía, pero que quería aguardarle. He pensado que la joven no podía causarle ningún daño, *Mr*. Spade, pero si realmente usted opina…

—No se preocupe —le dije al tiempo que le alargaba un dólar para hacerle marchar el miedo.

Subí al piso décimo y me dirigí al apartamento 1044, que era

donde vivía. Por debajo de la puerta se veía luz. No acertaba a pensar qué cosa nueva tendría Evie que decirme a aquellas horas. Fuese lo que fuese, tendría que decírmelo deprisa. Me había dirigido a mi apartamento sólo por una razón: recoger alguna herramienta que por lo general no tenía costumbre de llevar encima en mis andanzas regulares. Pero tratándose entonces de Joey Derocha constituía un caso especial; no veía razón alguna en dejarme liquidar solo para satisfacer su sed de sangre, sin que llevase un arma al alcance de la mano.

Puse la llave en la cerradura, pero la muchacha estaba allí antes que yo pudiese abrir. Todo en ella era brillo de ojos y perfume embriagador. Llevaba el cabello suelto, flotante. Sospeché en el acto qué significaba todo aquello, pero me lo callé. Dejé solamente que me echase los brazos al cuello y le diese gusto en su boca.

—¡Danny, creí que nunca llegarías! ¿Dónde has estado, cariño? ¿Te has entretenido con alguna chica, Danny? Yo he tenido que venir. Te echaba tanto de menos que no he podido resistir un minuto más. Ya sé que quizá no debía haberlo hecho, pero no he podido contenerme.

Todo esto me lo dijo colgada de mi cuello y besándome sin cesar.

Yo le respondí con un beso y eché el sombrero al otro lado de la habitación. Le rodeé la cintura con un brazo y la acompañé al sofá. Al llegar ante él le di un pequeño empujón que la dejó tendida en el mueble.

—¡Danny! —exclamó ella levantando la cabeza y mirándome indignada.

Me fijé en sus ojos y descubrí en ellos algo nuevo. Quise saber de qué se trataba.

—Muy bien, Evie; habla.

La muchacha permanecía sentada, aunque sin alejar de sus ojos aquella mirada de recelo.

—¿Qué te pasa, Danny? No siempre me has tratado de este modo. Cuando vine a verte, hace un par de semanas, no me diste ocasión siquiera de explicarte el por qué había venido…

Asentí con un movimiento de la cabeza. La chica tenía razón en eso. Pero es que aquella vez yo sabía ya a qué había venido. Ahora podía tratarse muy bien de una razón distinta.

—Dejemos lo de la otra vez, Evie —le ordené—. Ahora hablas conmigo y con el corazón en la mano, ¿entiendes? Y deprisa. ¿Quién te ha enviado?

La muchacha se puso pálida entonces. Evie no sabía mentir. Como ya he dejado dicho, se trataba de una chica excelente, y las buenas chicas no saben mucho de decir mentiras.

—No sé de qué me hablas… —dijo con una especie de tartamudeo.

—¿No? —pregunté—. Pues procura recordarlo; tienes cinco minutos para ello: no más.

Me dirigí hacia la otra habitación. Evie se levantó enseguida y se colocó frente a mí.

—¿A dónde vas, Danny?

—A recoger un revólver —contesté.

Vi entonces lo asustada que estaba. Noté incluso la brusca interrupción de su respirar que ella trató de disimular sin conseguirlo.

—¡No! —exclamó casi en un susurro.

—¡Sí! —repliqué apartándola de delante de mí y continuando mi camino hacia el dormitorio.

Encontré el revólver en el mismo sitio en que lo había dejado. Lo inspeccioné. Estaba cargado. Me lo puse en el bolsillo y me dirigí hacia la puerta. Evie estaba plantada en el umbral. Lloraba. Las lágrimas formaban surcos en su maquillaje dejando en él unas rayas blancas. Es una lástima que las mujeres lloren sin estar adecuadamente preparadas para ello. Es un mal efecto que hacen en caso contrario. Emití un suspiro y me acerqué a la muchacha.

—Mira, Evie —le dije— es mejor que me lo digas. ¡Quién sabe si hasta yo mismo puedo haber estado escuchándolo!

Se cubrió la cara con las manos y estalló en verdaderos sollozos. La cogí en mis brazos y la consolé como pude. Luego la aparté otra vez y la interrogué en tono de gran severidad:

—¿Ha sido Vera?

Evie movió la cabeza en señal afirmativa. Luego levantó los ojos rápidamente y dijo:

—En realidad no ha sido Vera, Danny. La idea es de él. Pero ella me lo ha dicho porque sabe cuánto te quiero. Vera quiere que te salves.

Sonreí. Vera se mostraba realmente amable, y yo lo apreciaba así. Miré a Evie. Ella me estaba mirando también fijamente para observar el efecto que pudieran tener en mí sus palabras.

—Explícate —le dije—. ¿Cuál es el peligro que me amenaza ahora?

—Él ha dicho que tú habías ido a casa de Van der Lone y que no estaba dispuesto a permitirte que te metieses en el asunto. Ha dicho también que había que pararte los pies antes de transcurrir una hora. Vera le ha indicado que tú estarías en mi casa. Por eso es por lo que te estoy aguardando ahora. Te están esperando afuera, Danny; esperan a que salgas. Yo he entrado por la puerta trasera.

Contemplé a la muchacha y sentí reblandecer mis facciones. No pude evitarlo. Me acerqué a ella y a besé dulcemente.

—Nena, estoy orgulloso de ti —dije.

Y miré aquella carita vivaz y linda y la expresión que tenía en los ojos. Me sentí triste al pensar que, aun cuando La quería mucho, sabía que mi amor hacia ella no era como el que ella sentía por mí.

—Supongo que no habrás ido a ver a su padre, ¿verdad? —preguntóme a continuación.

Contesté moviendo la cabeza en sentido afirmativo. La muchacha abrió la boca aterrorizada. Sus ojos reflejaban auténtico pánico. Esta sensación me indujo a sentir piedad por ella.

—Dime —inquirí— ¿qué diablos de influencia ejerce ese individuo en ti? ¿Por qué te asustas de este modo?

Evie me sujetó fuertemente los brazos como si se empeñase en no dejarme salir.

—¡Danny, por Dios, no te metas con Joey! Es un asesino. Vera me ha dicho cosas terribles de él; lo que hace y el odio que siente por ti. A ti te odia más que a otra persona en el mundo…

Sonreí. Aquello daba gusto de oír. A Joey Derocha le quedaba todavía tiempo para odiarme. La noticia me produjo intensa satisfacción.

—No está mal —dije—, pero atiende a lo que te Voy a decir, nena. He mandado a Joey una vez a la sombra y pienso hacerlo de nuevo. Sólo que la próxima será para siempre. Y piensa, Evie, que hace mucho tiempo que me ocupo de esta faena. Aparte de algunos agujeros que me han hecho en el pellejo todavía me tienes aquí. En cuanto a Joey Derocha, si es él quien tiene que liquidarme, moriré

muy a gusto con tal que antes pueda enfrentarme con él. Personalmente creo que he de manejarle como es debido. Acaso me equivoque. Acaso tú y Vera tengáis razón. Quizá tendría que acurrucarme bajo la cama y dejar que Carole Van der Lone se muera en algún lugar. Para mí no significa nada esa mujer; no me hace falta el dinero ni tampoco un caso en que trabajar en estos momentos. Pero no se trata de esto, Evie; se trata de algo que tú quizá no comprenderías; algo que yo mismo no estoy seguro de si lo acabo de comprender.

Estaba mirando fijamente a la muchacha mientras hablaba y, sin embargo, no le veía realmente la cara. Supongo que ella lo sabía. ¡Pobrecilla Evie! Al fin me soltó los brazos y rompió a llorar. La besé otra vez; ella se colgó nuevamente de mi cuello por unos segundos y luego se separó de mí y se volvió.

—¿Dónde vas? —le pregunté al ver que se dirigía hacia la puerta. Y como no daba señales de querer pararse me adelanté y le barré el paso—. Tú te quedas aquí, Evie, hasta que yo vuelva —le ordené. Ella meneó la cabeza negativamente—. Has de quedarte —insistí sujetándola con energía—. No estoy dispuesto a tener que preocuparme por causa tuya.

Evie me miró. En su rostro brilló una breve sonrisa.

—De mí no has de preocuparte para nada. ¡Vete! —exclamó la muchacha—. ¡No te faltarán los quebraderos de cabeza si piensas realmente enfrentarte con Joey Derocha!

Era cierto. Pero yo tenía otro recurso para hacerle quedar allí.

—Escúchame, Evie; para mí es muy importante tener alguien en quien pueda confiar para pedir auxilio o información si me hace falta. Imagínate que tengo algún tropiezo…

Evie me contempló con una expresión casi cínica.

—Dices que me imagine… —recalcó—. ¿Es que hay alguna duda acerca de esto?

—Si te tuviese a ti aquí, Evie, podría ser cuestión de vida o muerte.

—¡No me hables ahora de flores y coronas! —exclamó Evie al tiempo que se volvía para entrar en el cuarto—. Me quedo.

—Gracias, nena —le dije besándola otra vez.

Daba gusto besarla. Era la quinta esencia de la dulzura. Tanteé la pistola en mi bolsillo y me dirigí hacia la puerta.

—¡Danny! —llamó la muchacha repentinamente—. ¿Por dónde vas a empezar? Supongo que no debes de tener ninguna idea, ¿verdad?

Le mandé un beso con los dedos y le dije:

—No te preocupes; llevo mucho previsto. Hasta luego, querida.

Cerré la puerta tras de mí y me fui por el pasillo en dirección contraria a la que había utilizado al llegar. Por aquel lado estaba el ascensor del servicio con el que podía salir en medio de los Cacharros de las lavanderas. Era lo más aconsejable en tales circunstancias dado que mi pequeña Evie me había puesto al corriente de que los rufianes de Joey estaban al acecho.

Evie había dicho algo con su última frase. Era verdad que no tenía aún ningún plan, pero cuando uno no sabe qué dirección tomar, lo mejor es dirigirse de cabeza al campo enemigo. Así es como he procedido en todas las ocasiones en que me he encontrado ante una situación obscura. Cogí el ascensor de atrás y salí a una calle lateral… por si acaso.

No tardé mucho en llegar a una de las calles concurridas donde tomé un taxi y le señalé el lugar de destino. Entre tanto meditaba la situación que no parecía muy halagüeña por cierto. Había que dar con el paradero de una rica heredera nada menos que en Nueva York, una ciudad más que regular. El padre habría dicho a los raptores, sirviéndose de la prensa, que se mostraba dispuesto a bailar al son que ellos tocasen. Joey Derocha estaba enterado de que yo había visto al papá. Joey Derocha, que suspiraba por verme hecho puré. ¿Dónde se ocultaría su pandilla? Para empezar pensé que Joey solía dormir en el apartamento de Vera, aunque no me imaginaba que en aquellos momentos tuviese la sangre fría de acercarse por allí. ¿Y si lo hacía contra toda lógica?

¿Disponía Joey de un escondrijo para guardar en él a Carole Van der Lone? ¿Se trataría de un lugar seguro? Tenía que ser muy bueno porque se trataba de una joven conocida a todo lo largo y ancho del país.

Fui pasando revista mentalmente de todas las posibilidades. Pensé que podía habérsela llevado hacia los Adirondacks o, tal vez, hacia Sudamérica. En aquellos momentos podía encontrarse flotando en el éter. En cuanto a lo primero resultaría muy expuesto, teniendo en cuenta el gran número de casitas que poblaban las

montañas de los Adirondacks y las patrullas que constantemente circulaban por allí. Y en cuanto a la ruta de Río era de suponer que las compañías de aviación habrían recibido aviso para ejercer la debida vigilancia, de modo que a la hora en que Joey hubiese podido meter a la joven en un avión, éste no habría constituido un medio seguro de viajar.

No lo más probable era que Joey no había sacado a Carole Van der Lone de Nueva York. Lo difícil era adivinar dónde la tendría. Me acordaba muy bien de un caso en que la banda de Joey dejó a una criatura en un ramal de metro cerrado al tráfico, con la evidente intención de dejarla morir allí aunque en aquélla, ocasión la criatura, una niña, no murió precisamente.

¡Un subterráneo no utilizado para el tráfico! El lugar era ideal, pero Joey Derocha era demasiado astuto para repetir la operación. Aunque, pensándolo bien, por este mismo motivo quizá lo creería más seguro… Joey era muy capaz de escoger algo macabro, algo que de tan obvio lo desechase la policía por absurdo. Sí, Joey Derocha era así de audaz y maquiavélico.

—¿Cómo se llama el edificio, *mister*? —preguntó el conductor interrumpiendo mis especulaciones.

Levanté la cabeza vivamente.

—Colding —contesté recordando casualmente el nombre con que Evie había designado su casa de apartamentos.

No solíamos ir con frecuencia allí. Mi apartamento era más asequible; estaba mucho más cerca de los teatros, los clubs, los…

—En efecto, ahí está —dijo el hombre—; frente mismo donde hay el coche aparcado.

Sonreí. Poco se imaginaba el taxista cuán significativo era su dato. Frente mismo donde estaba el coche aparcado. ¡El coche de Joey Derocha! Los rufianes estaban allí aguardándome… y muy probablemente que algunos estarían apostados también por la parte trasera del edificio.

—Final de trayecto, pues —le dije al tiempo que el hombre paraba el taxi detrás del de Joey.

Le di un billete de cinco dólares, me apeé y estuve unos instantes mirando como se alejaba. A continuación me acerqué al automóvil de Joey y me agaché para mirar por la ventanilla.

—Hola, Scar[2] —le dije al reconocer al que estaba tras el

volante—. ¡Qué suerte de haber estado tanto tiempo sin vernos, eh!

Fué como si hubiese echado una bomba en medio de la pandilla; el efecto difícilmente habría sido más contundente. Scar se volvió como si le hubiesen acuchillado. El individuo que estaba a su lado sacó el revólver con tanta presteza que daba gusto de contemplarlo. En la parte trasera del coche no había nadie. Pensé que debían de estar vigilando al otro lado de la casa. Emití un hondo suspiro.

—Calma, calma, muchachos —les dije—. No os pongáis nerviosos. Vengo en plan de paz.

—Hazle entrar aquí —ordenó Scar por la comisura de los labios.

El otro salió del coche y dió la vuelta para acercarse donde yo estaba. Le vi la pistola en el bolsillo, perfectamente dispuesta para poder hacer el más rápido uso de ella.

—No te molestes —contesté amablemente—. ¡Es un placer para mí!

Y abriendo la portezuela me metí en la parte trasera del vehículo.

Scar hizo sonar el claxon tres veces. El otro individuo entró en el coche y sentóse a mi lado. Por la esquina del edificio aparecieron dos sujetos más. Les reconocí enseguida; eran dos satélites matones de Joey. Uno de ellos, Jake, el otro Toro, un español que sabía hacer maravillosas filigranas manejando la navaja. Se me ocurrió de momento pensar que quizá me había precipitado al unirme a aquella tropa.

Los dos recién llegados abrieron enormemente la boca en cuanto me vieron.

—¿Qué está haciendo aquí ese hijo de perra? —exclamó uno de ellos.

—¿Cómo…?

—Entrad y volveremos atrás.

Scar era un hombre de pocas palabras.

—Vamos —les dije—. Esta noche no deberíais andar por las calles. Todos los policías os van detrás. Están buscando la dama que os habéis llevado.

—¡Calla la boca, piojoso! —Gruñó Scar.

—Puede que tengas razón… en parte —repliqué—. Sé comedido, Scar.

—¡Maldita sea tu ralea!

—¿Querrás decir con eso que me crees capaz de poner a Joey a buen recaudo del mismo modo que podría hacerlo un policía? Si es así estás en lo cierto.

Scar rió forzadamente. Yo creí que aquello era una risa, aun cuando más bien sonaba como una sierra de hierro en plena función.

—¡No digas bobadas! —me espetó Scar—. No lograrás nunca acercarte a Joey…

—¿Quieres decir que él no quiere verme? —pregunté en tono de calma.

Scar corrigió seguidamente.

—Sí, tiene muchas ganas de verte precisamente; lo que pasa es que no te dejará acercar a él, ¡sucio polizonte!

Tanto piropeo ya empezaba a hacérseme monótono.

—Dime, Scar —le pregunté—. ¿Qué prefieres tú: ir a la silla eléctrica o continuar viviendo?

Scar soltó una fluida racha de maldiciones. Al parecer con ello quedaba cerrada la discusión.

Observé que se dirigía hacia el Central Park, por el lado oeste. De pronto me invadió la sensación de que Joey había sido más audaz de lo que yo mismo le creía capaz.

También comprendí entonces por qué Vera había tratado de advertirme. La muchacha había tenido ocasión de comprobar que mis palabras se habían convertido en una profecía. Joey la había aprisionado en sus tentáculos de un modo que la joven nunca había sospechado. En aquellos instantes se encontraba envuelta en las sombras de un crimen horrendo. Cuando Scar se desvió del Park dirigiéndose hacia el apartamento de Vera comprendí sin lugar a dudas que allí era donde Joey había llevado a Carole Van der Lone. En el mismo corazón de Nueva York. Y en un distinguido barrio además. Precisamente donde a nadie le habría ocurrido ir a buscarla. Sí, en el mismo apartamento de Vera.

—No te esfuerces por mirar tanto, polizonte de pacotilla —me dijo Scar—. De nada te ha de valer.

Diciendo esto me estaba observando por el espejo retrovisor. Yo le contesté con una cálida sonrisa y le dije:

—No hagas predicciones, Scar. ¿Has pensado, por ejemplo, cómo ha sido que he dado con vosotros esta noche?

Observé su proceso mental turbado por unos segundos. Vi que era como una máquina en el instante de averiarse. Estuvo a punto de parar el coche. En realidad vi como su rostro reflejaba el esfuerzo intenso de los pensamientos. Sus ojos se empequeñecieron y se hicieron más brillantes y malignos.

—¿Qué crees que guardas en la manga, Spade? —me preguntó —. ¿Te bulle algo en el interior de esa cabezota?

—Es posible —contesté.

Scar no dijo nada más. Estaba atareado colocando el coche arrimado al bordillo mientras los otros inspeccionaban los alrededores para asegurarse de si la calle estaba realmente despejada.

Un reloj cercano dió las cuatro. ¿Cuántas horas llevaba en la operación? ¿Desde que se había producido el rapto? No, desde que había estado hablando con el viejo Van der Lone. Hora y media, poco más o menos. Le había prometido que teníamos que liquidar el asunto en veinticuatro horas o perder la batalla. ¡Veinticuatro horas para rescatar a una muchacha de las garras de cuatro, o quizá más de aquellos tíos rufianescos… además de Joey Derocha! El panorama no parecía demasiado halagüeño si se mira bien. Desde luego, era una papeleta difícil la que tenía entre manos. Pero ¡bah! ¿Es que las únicas cosas que tienen valor en este mundo no son precisamente las que resultan difíciles de realizar? Y la que tenía ahora enfrente creo que bien valía la pena…

De pronto noté que me hundían el cañón de una pistola en la espalda.

—Levanta las manos —me indicó.

Obedecí.

—¡No intentes hacer jugarretas! —me advirtió Scar, que estaba aguardando en la acera.

Le miré su repulsivo rostro. La señal que le daba su apodo era una raya que le iba desde el centro de la frente hasta un lado de la boca siguiendo hacia abajo hasta mitad de la garganta. Existían diversas versiones sobre el modo en que recibió la herida y acerca de quién se la causó. Por mi parte he creído siempre que fué Toro el autor del navajazo. Era el único artista que podía haber hecho semejante raja tan netamente sin tocar un ojo y sin matar al hombre. Además, se sabía que entre los dos rufianes no reinaba una

excesiva cordialidad, sino todo lo contrario. No me extrañaba eso. Toro era capaz de hacerle temblar al más pintado. Con la navaja en la mano era un verdadero loco sanguinario.

Sí, realmente, me había enfrentado con un hatajo de truhanes de lo más selecto. Y aceptando luchar en su propio terreno… Pero no había otra manera de empezar la batalla si no era mezclándose con ellos del modo que lo había hecho.

—¡No nos entretengamos! —rugió Jake.

Supongo que debía de rezagarme mientras estaba meditando. Al oír sus tajantes palabras me puse en marcha inmediatamente.

En el vestíbulo de la casa no había nadie. Seguramente debían de tenerlo previsto así. Al entrar en el ascensor observé que también allí tenían a uno de sus hombres. El encargado de subir y bajar al personal de la casa era un individuo a quién había visto desde hacía años por las casas de juego. No pude contener una sonrisilla al verle metido en el traje de botones que le venía excesivamente chico.

—Doughy —le dije— me parece que aquí sobra carne o falta tela…

Doughy se puso encarnado como una amapola al ver que le reconocía.

—Eres muy sagaz —comentó Scar despreciativamente—. Aunque te repito que de nada te ha de servir. ¡Y quizá no lo eres tanto como te imaginas!

Pensé que sería cuestión de demostrarle a Scar que se equivocaba por completo.

El ascensor se paró en el piso 30. Ya había observado aquella misma noche cuando estuve allí por primera vez que Vera no era una chica de buhardilla. Ahora lo comprendía mejor. Si Joey solía utilizar el apartamento de la muchacha para llevar a cabo sus sucias faenas era natural que escogiera un lugar exento de posibles sospechas.

—¡Vamos, hay que aligerar un poco, muchacho! —me espetó Scar.

El ascensor se había parado. Al pasar por delante de Doughy le dediqué otra sonrisilla.

—¿Por qué diablos tenéis tanta prisa? —les pregunté.

La respuesta me fué dada en forma de puñetazo en las costillas para ayudarme a andar. Y me ayudó.

—Esta noche te escapaste de una buena, amigo —me dijo Scar— pero ahora no vas a ser tan afortunado.

Pensé que se refería al encuentro previsto del que me habían salvado las dos muchachas.

—Te estás haciendo viejo, Scar —le dije—. Veo que no eres el mismo de antes.

Con movimiento rápido me soltó una fuerte bofetada. Cuando se disponía a completar la faena con otro golpe al otro lado pude cogerle la mano antes que los demás lograran impedírmelo.

Seguidamente le devolví la caricia con un magnífico bofetón.

—¡Maldito seas! —rugió Scar con el rostro lívido por un instante.

Vi a Toro detrás de él dibujando una media sonrisa. Acto seguido observé como Jake empuñaba la pistola y llevaba el dedo al gatillo temblando de furor. Toro le dió un golpe en la mano con lo cual la bala fué a clavarse en el suelo. La detonación nos ensordeció al tiempo que el olor de la pólvora sin humo llenaba el pasillo.

Jake se volvió hacia Toro y le echó una sarta de maldiciones. Scar tenía el puño dispuesto a la acción otra vez.

—Supongo que no olvidaréis que a Joey no le interesa que le llevemos muerto a ese pájaro —dijo Toro.

—¡Que se vaya al diablo Joey! —exclamó Scar con voz densa al tiempo que soltaba el primer puñetazo.

Doblé el cuerpo hacia atrás bajo la brutal agresión y me zumbaron los oídos con música de campanillas mientras en mis ojos brillaban una serie de luces de colores deslumbrantes. Comprendí que el golpe siguiente no se haría esperar, por lo que me volví un poco y lo recibí esta vez de soslayo. Uno de los rufianes me empujó hacia la pared para que Scar me pudiese machacar mejor. Me dispuse a cubrirme y noté de repente que todos permanecían quietos y mudos; el golpe esperado no llegó a producirse.

—¿Qué diantres estás haciendo? ¿Es que queréis invitar a la policía?

Era la voz de Joey; el jefe se había unido a sus satélites.

Sacudí la cabeza y aspiré una gran bocanada de aire que vino a restaurar mis maltrechas energías. Sentía en mi interior como si me hubiesen pisoteado y creí por unos instantes que iba a perder los sentidos. No obstante, a través de la neblina del dolor que se iba

despejando, pude ver la sonrisa que se perfilaba en la cara de Joey. Aquello me hizo más efecto que un *whisky* doble.

—¡Vaya, vaya! —dijo el *gángster* mientras yo me enderezaba haciendo un esfuerzo supremo—. Conque aquí tenemos a nuestro polizonte, ¿eh?

Jake me cogió y me empujó hacia el interior del apartamento.

Vera estaba sentada en el sofá que yo había ocupado hacía poco rato. La muchacha palideció profundamente en cuanto me vio. Yo eché una rápida ojeada a mi alrededor, pero no pude descubrir señal alguna de nada ni de nadie.

La puerta se cerró. Me volví hacia ella. Scar se dirigía otra vez hacia mí.

—¿Es que no puedes esperar, tú, loco? —dejóse oír la crespa voz de Joey.

Scar se detuvo mientras curvaba los dedos de sus manos convulsas. Sus facciones aparecían igualmente contraídas por el furor.

—¡Parece que les causa usted cierto efecto a los hombres, *Mr*. Polizonte! —comentó Joey.

Le miré fijamente. Me sentía mejor de la cabeza tras haber vencido el peligro del desvanecimiento. Pensé que si no se le ocurría a otro volver a pulverizarme las entrañas durante unos cuantos minutos otra vez volvería a sentirme perfectamente.

—Esto es un don, Joey —le dije—. Exactamente lo mismo que el de ser un truhán. ¿Comprendes?

CAPÍTULO V

Joey sonreía indolentemente. Estaba sentado en el sofá, al lado de Vera en una de cuyas rodillas apoyaba ligeramente la mano.

—Ya sabía que tú y yo nos teníamos que encontrar en horas fuera de servicio, polizonte —me dijo.

Me enfrenté con su mirada, con otra igualmente desprovista de toda turbación.

—¿Y en qué te apoyas para creer que esto es fuera de servicio, Joey? —le pregunté.

Joey meneó la cabeza y exclamó:

—¡No está mal! Realmente, no está mal. ¿Es que quieres darme a entender que vienes detrás de mí porque yo me encuentro en algún negocio?

Moví la cabeza negativamente.

—Ni hablar de eso Joey —contesté—. ¿Cómo puedes haber sospechado tal cosa? Lo único que me propongo es hacerte sentar cuanto antes en la silla eléctrica. Ya ves que no se trata de un negocio: es una fatalidad.

Joey le pidió un cigarrillo a Vera con gesto imperioso, como si la muchacha fuese su esclava. Ella se apartó un poco, como avergonzada de que yo fuese espectador de su intimidad con el prominente personaje del hampa. Desvié los ojos de ella; no quería causarle más turbación. Pensé entonces que la chica no era mala y que tenía que ayudarle a salir de aquel enredo satisfactoriamente. No sabía aún cómo podría conseguirlo, pero no me abandonaba una ciega confianza en el triunfo final de mi empresa.

—Sufres delirios de grandeza, amigo —contestó el rufián.

Le miré arqueando las cejas.

—¿Por qué, Joey? —le pregunté—. Esto son palabras que

supongo habrás leído en algún libro.

Observé como enrojecía de rabia y oí como Scar se movía tras de mí.

—Déjame que le despache de un porrazo, jefe, y cuanto antes mejor —exclamó con impaciencia.

Joey movió la cabeza y recobró su compostura.

—No te impacientes, Scar —le aconsejó—. Ya te dije cómo había que realizar esa faena.

—Sí, sí…

La voz de Scar era como el chirrido de una sierra llena de herrumbre. No dudé un instante que la «faena» en cuestión significaba agujerearme el pellejo de una manera total y definitiva.

—Fuiste a ver al viejo —me anunció Joey cambiando súbitamente de tono.

—¿Van der Lone? —pregunté con naturalidad—: Sí, estuve con él.

—Nada que hacer, ¿verdad?

Le miré fijamente para ver si adivinaba sus intenciones. Por vez primera constaté que Joey no estaba demasiado seguro de sí mismo. El detalle me causó una honda sensación de alegría.

—¿Quieres decir que no he podido sacar nada bueno para mí? —pregunté.

—No te hagas el bobo, Spade —me espetó Joey levantando la voz—. Sé bien que has intentado convencerte al viejo de que te encargase a ti del asunto. Has intentado venderle a él, pero él no tenía ganas de comprar nada. El hombre tiene un miedo de muerte. ¿No es así?

Miré los cigarrillos.

—Dame uno de éstos, Joey, y te diré qué es lo que piensa hacer Van der Lone.

Por unos instantes oí como Scar expulsaba ruidosamente el aire de sus pulmones para manifestar su indignación creciente. Luego Joey se echó a reír y me dió un cigarrillo del paquete que sostenía Vera. Mientras sacaba el cigarrillo estuve mirando a Vera para infundirle ánimo y para que confiara en el desenlace. Pero no creo que la muchacha estuviese en situación de comprender mi mensaje. Estaba petrificada de pánico. Fría, rígida. Lo atribuí a una sola razón posible. La dama no me conocía bastante para que aquel

temor que manifestaba fuese por mí; más bien creí que se trataba de una preocupación mayor: ¡la de tener a Carole Van der Lone en la habitación contigua!

—Explícate, Spade —me invitó Joey—. Diviértete por lo que te queda. No olvides que ésta es la última noche que vives, supongo que ya te lo habrás imaginado…

Moví la cabeza en señal afirmativa, y le contesté en un tono natural:

—Sí, supongo que tu intención es no dejar que continúe viviendo. Ni siquiera después de saber que he aconsejado al viejo que suelte la pasta…

Joey me interrumpió vivamente al tiempo que echaba una mirada a su amante.

—¡Tomaduras de pelo, no!

—Bien, hombre, bien —repliqué echando una bocanada de humo azul hacia el techo—. Si no quieres creerme nadie te obliga a ello. El hombre ha hecho declaraciones a la prensa en este sentido… —Hice una pausa durante la cual estuve observando cuidadosamente la reacción que mis palabras producían en el rostro del joven bandido—. Puedes mandar a Scar para que compre un periódico. Supongo que ahora estarán ya en la calle. Entre tanto yo te diré exactamente la declaración que ha hecho el viejo, palabra por palabra. No se atreve a confiar el caso a la policía porque tiene el miedo en el cuerpo. Tampoco quiso obtener mis servicios por el mismo motivo, aunque yo le aconsejé precisamente que no lo hiciese. Le dije sin ambages que guardase la demanda y pagase sin pestañear. Le aseguré que, de todos modos, se podría considerar feliz si podía volver a ver a su hija con vida. Todo eso se lo dije pensando entrevistarme contigo y hablar del asunto… Para que tú ganes más dinero.

Callé y aguardé dando la sensación de que estaba muy tranquilo cuando, en realidad, la procesión iba por dentro.

Joey dejó la colilla de su cigarrillo y se levantó. Acercóse un poco y me dijo:

—Repite eso otra vez.

—¿Por qué? —inquirí mirándole fijamente—. Creo que me has oído bien, ¿no? Si quieres más pasta, piensa que yo soy el intermediario. El viejo quiere recuperar a su hija, pero yo le he

dicho que, aun pagando lo que le pidan, no es probable que la vuelva a ver… con vida, por lo menos. Sé perfectamente cómo trabajáis vosotros. Además no dudo que es un peligro para ti el dejar que esa chica continúe viviendo. Por eso creo que lo mejor que puedes hacer, es recoger la pasta y luego echarla al océano desde un avión, o utilizando cualquier otro medio de esta naturaleza… Ocurra lo que ocurra el viejo puede despedirse de su hija para siempre.

Joey me miraba desde tan cerca y con tal fijeza que creo debía de ver como me salía el sudor por los poros.

—Eres listo, no se puede negar —dijo—. Pero no me acaba de convencer tu decisión de mezclarte en este negocio. Precisamente un negocio como ése, y nada menos que conmigo. ¿Cómo no se te ha ocurrido hasta ahora? No, no me lo acabo de tragar, compadre. ¿Qué llevas dentro de la manga? ¿Cuál es el objetivo que persigues?

¡Se lo expliqué en pocas palabras y del único modo que él podría comprender!

—¡Pasta! La vida se va poniendo un poco difícil, ya lo sabes. Y las mujeres, chico, me cuestan un dineral. Me gusta vivir, ya lo sabes.

Joey sonrió con una sonrisa seca, sin el menor destello de humor.

—Sí, lo sé —y volviéndose súbitamente hacia Scar, le ordenó—: Bájate a comprar un diario.

Scar le miró y se dispuso a protestar.

—Jefe. Si ese mequetrefe dice la verdad, creo que… —se interrumpió.

—¡Cuidado! —Advertí.

Scar me echó una mirada en la que vi reflejado el porvenir que me aguardaba si el matonesco satélite lograba ponerme las manos encima.

—¡Sube el diario! —ordenó de nuevo Joey con visible impaciencia.

Toro tomó parte en el juego con una risita. Sus ojos de un negro líquido aparecían encendidos. Se veía que la gozaba viendo a Scar manejado como un pelele.

—Anda, hijito, no te entretengas —le dijo socarronamente recreándose al comprobar la turbada humillación del matonesco

personaje.

Creo que de no haber estado presente Joey se habría vuelto a encender la pugna entre los dos secuaces, pugna que ahora tuvo un nuevo aplazamiento. ¿Hasta cuándo? Me preguntaba yo.

Joey volvió hacia el sofá. Sentóse, encendió otro cigarrillo y quedó mirándome fijamente por unos instantes. Por su rostro reflejábanse evidentemente una serie de pensamientos mezcla de duda, credulidad y temor.

—No, no lo comprendo —dijo como hablando consigo mismo.

Yo permanecí silencioso y me abstuve de mirar a Vera, aunque la veía de soslayo. La joven estaba quieta, como absorta en hondas preocupaciones y temores.

Me estuve preguntando entre tanto, cuál sería la situación moral de Carole Van der Lone. Realmente aquello no era una excursión campestre…

Transcurrieron unos minutos hasta que volvió a entrar Scar. En cuanto le vi comprendí que Jim y Rick habían realizado una excelente labor. La cara del *gángster* era una mezcla de furor y contrariedad. Y su amargura se acentuó todavía más cuando me vió a mí.

—¿Qué novedades nos traes? —preguntó Joey levantando el tono de la voz.

—No tienes más que verle la facha —me apresuré a indicarle—. Te lo está diciendo muy claramente.

Toro soltó otra de sus agudas risotadas que parecía imposible salieran de su interior. El hombre disfrutaba como un chiquillo ante un payaso de circo. Todo lo contrario precisamente de lo que le ocurría a Scar.

—Aquí viene eso —refunfuñó—. Es como él ha dicho: el viejo pagará; quiere a la chica a cualquier precio.

Joey se puso otra vez en pie y cruzó el espacio que les separaba. Le arrebató el periódico de las manos a Scar y leyó. A continuación volvió los ojos hacia mí.

—Dime qué truco es ése —rugió enfurecido—. Te lo repito: habla claro o lo vas a sentir muy pronto. ¡Y no trates de tomarme el pelo, polizonte de baratillo!

—No digas tonterías —repliqué.

La cara de Joey se reblandeció aunque se notaba que no podía

acabar de creer lo que estaba viendo y oyendo.

—No digas tonterías y escúchame —insistí—. Ya te he dicho por qué hice eso. Dinero. He conseguido convencer al viejo; hemos hecho un trato. Y tú puedes hacerlo mucho mejor todavía si es que yo quiero.

Las manos de Joey hurgaban en sus bolsillos como si estuviese ya contando los billetes de mil dólares.

—Le he hecho saber el precio —anunció con laconismo.

—¿Ya? ¿Cuánto?

—¿Qué te importa a ti? —preguntóme repentinamente brusco.

Me encogí de hombros.

—Diez o quince mil «grandes» —le dije—. Puedes obtener más, desde luego.

Joey estaba nervioso según podía observar. Yo le había arrebatado el timón de la situación sin que él pudiese explicarse cómo había sucedido ni qué podía hacer para recuperarlo de nuevo.

—¿Cuántos más? —preguntó suavemente.

—Al menos el doble —dije haciendo un sondeo a ciegas.

Vi la reacción que se operaba en su rostro y observé también la de Jake. Tampoco a Toro le pasó desapercibido. Creo que solamente Scar se empeñaba en no conseguir de la operación otra cosa que derramar mi sangre.

—¡El doble! —exclamó Joey abriendo desmesuradamente los ojos—. ¡Tú estás loco!

—¿Lo crees así? —pregunté riendo—. ¿Crees que yo habría venido aquí exponiéndome a morir si no hubiese sido por la posibilidad de recoger un buen fajo de billetes? —Y extendiendo el brazo señalé a los demás, diciéndole—: ¡Pregúntaselo a ésos! Pregúntales si en lugar de encontrarme ellos a mí no he sido yo quien les ha sorprendido… Vamos, pregúntaselo y te lo dirán…

Los ojos de Joey desviáronse un momento de mí para ponerse en el rostro de Scar. Éste no se encontraba en su centro; se le veía turbado. No contestó. Aunque no hacía falta. Toro, su enemigo natural se ofreció enseguida.

—Es verdad; ha venido a nosotros —dijo rápidamente—. Scar no estaba allí; vigilaba al otro lado de la casa cuando el polizonte se ha acercado a nuestro coche viniendo de la parte trasera después de parar el suyo detrás de nosotros.

Yo me habría abstenido de mencionar esto último por miedo a que pudiese comprometer a Vera. Por suerte Joey tenía demasiadas cosas en la mente en aquellos instantes. Como no podía entretenerse en detalles, pasó por alto éste que no dejaba de ser importante.

El jefe de la banda miró a su segundo. Scar empezó a explicarse, pero viendo que no tenía nada que añadir a lo dicho, se calló.

Joey se volvió hacia mí.

—Habla —dijo—. No te andes por las ramas. ¿Cuál es tu plan?

Encendí un pequeño fuego en mi corazón y lo dejé arder solitario y quietamente. El rufián había picado el anzuelo. No dudaba que, a menos que Scar me metiese una bala, en el cuerpo antes de terminar la operación, *Mr*. Derocha caería en mis manos indefectiblemente.

—¡Joey! —La voz de Vera se dejó oír de repente al tiempo que la joven se ponía en pie con el rostro blanco como la nieve—. Si no me necesitas… —balbuceó señalando hacia la puerta.

Joey meneó, la cabeza y masticó una maldición.

—¡Cállate! ¡Y estate quieta! ¡La dama está perfectamente!

Vera volvió a sentarse sin pronunciar palabra. Yo me pregunté si la chica había tenido aquel gesto solamente para que yo me asegurase de que Van der Lone estaba bajo aquel mismo techo. Es posible que hubiera sino así. En tal caso le quedaba hondamente reconocido por la información. Joey estaba aguardando y no precisamente con cara de buenos amigos.

—Vamos a hacer lo siguiente —dije—. Tú dejas que me entreviste otra vez con el viejo para decirle que a cambio de determinada suma yo le devolveré a su hija…

—¿Tú?

No pronunció otra palabra, pero ésta iba cargada con un verdadero infierno de significados.

—Sí, yo Joey; y me encargo de llevársela personalmente además.

—¡Si tendrá valor el tipo este para hablar así! —exclamó Scar interviniendo otra vez.

Le miré y pude observar el esfuerzo que se reflejaba en su rostro por contener el odio que sentía hacia mí. Volví a mirar a Joey. Una vez tragado el cebo estaba meditando sobre la cuestión. Le estaba leyendo los pensamientos. Aunque con Joey no podía uno hacerse la ilusión de conocer sus intenciones. Su rostro era de los que no

reflejan nunca la verdad de lo que piensan.

—Con el doble de esa cantidad, Joey, creo que puedes dejar que la muchacha se vaya. Conmigo. Yo la devolveré a su casa y no habrá peligro alguno porque yo me encargaré de que nada trascienda al exterior. Piensa que mi interés ha de estar en hacerlo así; de otro modo se enteraría todo el mundo, incluyendo a la policía de Nueva York, de que Danny Spade había estado participando en un negocio contigo.

Hasta a mí me sonó convincente la proposición aun cuando sabía de sobra que se trataba de una burda mentira. Pero Joey no se dejó engañar por el momento. Pude observar cómo su pequeño y sagaz cerebro trabajaba a toda máquina. Se trataba entonces de ver el mejor modo de inmovilizarme a mí para siempre. Y la forma en que embolsaría el dinero además. De ello, no cabía la menor duda, pero a cambio tenía que soltar a una dama que podía identificarle; por eso era por lo que se resistía a aceptar mi propuesta. Su mente no cesaba de trabajar. El doble de aquella cifra, sí, pero había también que matar a dos personas que le estorbaban: la víctima del rapto y el engorroso entremetido de Danny Spade; su negra pesadilla de toda la vida.

Mientras estaba contemplándole sonreía interiormente. Porque el caso era que él, en aquellos instantes pensaba exactamente igual cómo yo lo había planeado. Yo sabía que no se resistiría ante el cebo, y los hechos parecían darme la razón. Podía dar de ello las gracias a su codicia, a su corazón duro y a su negra alma. No se me escaparía ahora; estaba seguro de ello. Le haría caer por sus propios pasos en las redes de su avaricia. Mi esperanza se iba haciendo más sólida.

Joey me miró y sonrió dejando ver su único diente de oro. La sonrisa se extendió fugazmente por su rostro cual una ola en una balsa de agua pestilente.

—Muy bien, Danny —me dijo—. Todavía no acabo de comprender cómo ha sido posible que tomaras esa decisión. Acepto tu propuesta pensando en que te convendrá callarte… Sí, no hablemos más; el trato está cerrado.

—¡Por Dios, jefe! —protestó Scar en el colmo de su nerviosa impaciencia.

—¡Cállate! —ordenóle Joey. Luego desvió sus ojos hacia mí y

me dijo—: Y no te hagas ilusiones de poder traicionarme, porque te haría papilla en la misma Jefatura General de Policía. No lo dudes.

Y me explicó durante un rato sobre el plan y las razones que le habían inducido a escucharme. Añadió también detalles para que yo no olvidase de que me tenía en su poder, insinuando que, en el futuro, podíamos colaborar en otros asuntos realmente lucrativos. ¡El asqueroso traidor! Mientras hablaba estaba, sin duda, maquinando el modo en que Scar podría levantarme la tapa de los sesos durante el camino de regreso a casa de Van der Lone. Y liquidar también, al mismo tiempo, a la joven damita ilusoriamente rescatada.

Éste era su plan; yo lo sabía bien. Claro que todavía quedaba un trecho que recorrer. En aquellos instantes, yo no deseaba sino aprovechar la más pequeña oportunidad, para sacar a la joven de aquel apartamento meterla en un coche y sentarme yo tras el volante. Una vez logrado eso podían echarme detrás todo un ejército de facinerosos. Siempre me quedaría una ligera oportunidad para sacarla de allí con vida… y quizá podría yo igualmente salir ileso… Cualquier cosa era preferible antes que continuar allí con aquellos truhanes. Ni para Van der Lone ni para mí la perspectiva era muy risueña en tales circunstancias. La solución había que hallarla rápidamente.

—Venga esa mano —dijo Derocha. Y cuando hube aprisionado sus gordos dedos entre los míos, me hizo una señal indicando el teléfono y me preguntó—: ¿Sabes su número?

Crucé la pieza en dirección al teléfono y le eché una ojeada a Vera. La muchacha me estaba mirando en una especie de mudo horror. De buena gana me habría parado allí para decirle que todo aquello era una pantomima, pero no había tiempo; no era prudente hacer tal cosa ni siquiera con una simple mirada. Era inevitable que apareciese ante ella como un tipo rastrero de la misma calaña que Joey y su cuadrilla hasta que Evie pudiese explicarle la verdad. Si para aquel entonces continuase yo en vida, desde luego.

Cogí el aparato. La papeleta que se me presentaba no era fácil, pero tenía confianza en que todo saldría bien. Van der Lone no sabía el plan que llevaba yo entre manos, pero el hombre tenía bastante inteligencia natural para darse cuenta, enseguida que empecé a hablar, que debía hacerme el juego. Lentamente marqué

su número, a fin de ganar tiempo para estudiar la forma de comunicarle la noticia. Escuché luego el sonar del timbre en el otro extremo del hilo. Paró el ruido y…

—¿*Mr*. Van der Lone? —pregunté—. Aquí Spade.

Joey detrás de mí, no podía contener una risita de satisfacción.

—¡Tiene gracia la cosa! —exclamó—. ¡Tú, el hijo de un policía, trabajando para mí!

Agarré fuertemente el aparato para contenerme. Estaba a punto de estallar de rabia. Hasta el propio sonido de mi voz me pareció extraño cuando le contesté al viejo millonario.

—*Mr*. Van der Lone —le dije—. Puedo llevarle a Carole a su casa, personalmente, con el doble de la cantidad que le han pedido. ¿Le conviene?

Se produjo un silencio en el otro extremo de la línea. Me parecía adivinar sus pensamientos. Y también los de Scar, cerca de mí. Luego llegó la respuesta:

—Acepto.

—Puedes comprobar, si quieres —dije mirando a Joey.

—Dile que aguarde diez minutos —me contestó—. Le llamaremos otra vez dándole instrucciones. Y tú deja el aparato. No quiero que controlen este número.

—Le llamaremos dentro de diez minutos para darle instrucciones —dije.

Dejé el aparato y miré a Vera y a los demás. Aquélla era la primera fase. Lo realmente difícil iba a empezar entonces.

CAPÍTULO VI

Joey sacó una botella del mueble-bar, y sirvió un par de vasos. Pensé en la frase «el condenado a muerte comió un abundante desayuno». ¿Suele ocurrir así? Es posible.

Joey me ofreció el vaso. Me parecía sentir cómo los ojos de Scar me atravesaban por la espalda. Me volví y me encaré con él. Miré también a Toro. Era extraña aquella pareja. Me maravillaba que pudieran haber estado tanto tiempo trabajando juntos, sin haberse matado uno al otro. A continuación miré a Joey y comprendí que se divertía viendo la rivalidad de los dos satélites, pero que deseaba secretamente que fuese Toro quien llevase las de ganar, puesto que era más hábil en el manejo del arma blanca. Por lo que había oído de él era un espadachín sin rival. Toro sabía matar a un hombre de modo que la agonía durase sus buenos diez minutos… un tiempo más que regular, indudablemente.

—Brindemos por un polizonte papanatas que se ha vuelto inteligente —dijo Joey llevándose el vaso a los labios.

Yo vacilé por espacio de una fracción de segundo. Luego levanté el vaso.

—Brindemos por él —dije.

Después de todo pensé que la frasecita no dejaba de tener miga.

—¿Qué piensas hacer ahora con la muchacha, Joey?

Era Vera quien hacía la pregunta. Creo que todos nos habíamos olvidado ya de ella. Joey volvió la cabeza ligeramente y le dijo:

—Voy a mandarla a su casa con este polizonte buen chico. Has oído el trato que hemos hecho, ¿no?

—Sí, lo he oído —repuso la joven—. Por eso te pregunto ahora cómo quieres llevarlo a cabo.

Joey se acercó a ella y le rodeó la esbelta cintura con un brazo

apretándola hacia sí.

—Te preocupas demasiado por las cosas, nena —le dijo suavemente besándola en una oreja y en su blanco cuello.

Vera se estremeció ligeramente. Joey acusó la leve reacción.

Cuando la soltó los ojos de Joey destellaban. Le miré, la cara y sentí temor por primera vez aquella noche.

—¿Qué te pasa, nena? —le preguntó entonces en un tono de voz inexpresiva—. ¿Tienes miedo de algo? ¿Es que no te encuentras bien tal vez? Claro, es natural que no tengas el estómago para eso…

La joven le miró fijamente y se esforzó por mantener su voz libre de temblores cuando le dijo:

—Sí, tengo miedo, Joey. Nunca he estado tan cerca de un asunto como ése, ya lo sabes…

—Pero tú has estado siempre enterada de mi actuación. Sabes muy bien de dónde ha salido el dinero que he gastado para ti, cariño.

—Joey, créeme, lo sabía, pero no hasta este punto en que lo he visto hoy. Para mí ésta es como si fuese la primera vez que me entero.

—Y ahora no quisieras formar parte de la empresa, ¿verdad? ¿Quieres dejarme en la estacada? ¿Pretendes arrojarme a los lobos?

—¡No, eso no, Joey!

Vi como el canalla levantaba la mano, pero pensó que no sería capaz de dejarla caer encima de la pobre muchacha. Pero lo Hizo. Y no le dolieron prendas que oigamos. Vera se echó a llorar. Débilmente, como una criatura. Luego sentóse otra vez. Se llevó una mano a la mejilla y su rostro recobró la calma y la compostura.

Joey se volvió hacia mí. Observé cómo el pulso le latía en la sien. La única señal de nervios en aquel hombre de hierro.

—¡Mujerzuela! —exclamó con desprecio. Y cruzando la sala se dirigió a la puerta del dormitorio. Cuando hubo abierto de un enérgico tirón, dijo en voz alta—: ¡Salga duquesa; el camino está libre!

Me contuve la respiración. La dama entró en la sala. La causa de que todos nos encontrásemos allí: ¡Carde Van der Lone! La muchacha por la que yo me estaba jugando el pellejo. Vera se enfrentaba también con la muerte a causa de ella. Y asimismo era la causa de que Joey Derocha marchase derechamente a la silla

eléctrica. ¡Sólo que él no lo sabía aún!

Creo que ya he dicho que Van der Lone era una chica guapa, ¿verdad? Pelo rojo, ojos color violeta, todo lo que hace falta para que una hembra sea atrayente. Bien vestida, lucía una pulsera que lanzaba vivos destellos y que debía de valer una fortuna. Y el collar, no digamos. En uno de sus dedos brillaba una sortija con un diamanté cuadrado. Una piedra de valor incalculable.

La única diferencia en su aspecto, comparada con la primera vez que la vi, a primeras horas de aquella noche, eran los sombreados círculos alrededor de sus ojos y el color enrojecido que delataban había estado llorando. Se le veía claramente que el pánico había hecho presa de ella.

Al ver a Joey enlazó las manos delante de mí. Sus ojos se dirigieron hacia Vera y luego hacia mí. Y era el personaje desconocido. Quizá pensaba que sería el verdugo… Vi cómo se ponía más pálida y pensé que tenía que tranquilizarla cuanto antes. No había necesidad de hacerla sufrir más.

—Nada tiene que temer ya, *Miss* Van der Lone —le dije—. Hace escasamente una hora que he hablado con su papá. Él está perfectamente.

La cara de la joven se iluminó al oírme. Inmediatamente vino hacia mí. A Scar no le gustó el detalle por lo visto. Le cerró inmediatamente el paso. La pobre muchacha retrocedió asustada.

—No vayas tan aprisa, nena —le dijo, enseñándole los dientes.

—Cuídate de ti, Scar —le advirtió Joey al tiempo que nos miraba a mí y a la dama—. ¿Está guapa la chica, verdad? —comentó luego—. Es una lástima que no disponga de más tiempo para entretenerme un rato con ella —y mirando el reloj, añadió—: Es tarde; será mejor que salgamos cuanto antes.

Me aguanté la respiración. Había una cosa que no se había presentado aún. Y yo sabía por qué. En tanto no dejase ver su fea cabeza podía considerarme a más de la mitad de camino de mi salvación. Y la de *Miss* Van der Lone, por consiguiente.

—Jake y Scar os acompañarán hasta abajo —anunció—. Podéis tomar un taxi; ellos dos lo llamarán. Dirigíos derechamente a la estación de servicio de la carretera catorce en el punto donde se entra en la carretera principal. ¿Entendidos?

Yo conocía el lugar. Era solitario, ideal para llevar a cabo el plan

que Joey tenía en la mente. Por allí nunca había un alma en aquellas horas. Ni a los policías que iban de patrulla les gustaba un pelo aquel paraje. Creo que se abstenían de acercarse por allí siempre que podían evitarlo.

—Sí —contesté—. Ya lo encontraré.

—No tendrás que buscarlo —me advirtió él—. Allí es donde el viejo ha de dejar la pasta. Tengo un hombre que está allí aguardando. Si el dinero ha llegado podréis continuar adelante. Si no…

—¡No té esfuerces en dar más detalles, Joey! Entiendo perfectamente.

—Tienes que ceñirte a lo que te digo; de lo contrario no pasarás de ahí. ¿Comprendes?

Comprendía demasiado bien. La cosa estaba muy clara. Tan, clara como todo aquello con lo que Joey Derocha se relacionaba. Moví la cabeza afirmativamente y eché una mirada a la joven.

—¿A qué se refiere? —me preguntó en voz baja.

—Es algo que yo he tratado con su papá; no se preocupe usted; todo saldrá perfectamente.

—¡Oh, seguro! —terció Scar—. ¡Todo saldrá a las mil maravillas!

Y soltó una risotada al tiempo que cambiaba una rápida mirada con Joey. ¡De buena gana le habría machacado su cabezota si no hubiese tenido otros planes entre manos!

—Es mejor que le llaméis —dijo Joey—. Ya es tarde. Dentro de quince minutos han de llegar los otros a la estación de servicio. Si ese individuo tiene que aguardar demasiado se pondrá nervioso y de un humor del diablo. La espera en semejantes condiciones no se hace muy agradable, que digamos.

Cogí el aparato y marqué el número de la casa de Van der Lone. Aguardé un poco. Esta vez fué el mismo Van der Lone quien contestó directamente. Me lo imaginé sentado toda la noche al lado del aparato. ¡Pobre hombre! Vi como la muchacha hacía un movimiento como para coger el teléfono. De buena gana se lo habría entregado, pero la cara de Joey no me invitaba a semejante acción.

Hablé deprisa y le expliqué lo qué el hombre tenía que hacer. Pensé que me había comprendido bien, aunque no estaba muy seguro de ello. Todo se hacía con tal rapidez… Dejé el auricular y

miré a Joey.

—¿Correcto? —pregunté.

Scar se echó a reír. Su risa era como el beso de la muerte. Tenía en sus ojos una luz fulgurante porque sabía que Joey se proponía liquidarme después de haber estado tomándome el pelo. De todos modos, si bien yo no me dejaba engañar, no estaba muy seguro de cómo podría salir del atolladero. ¡A partir de allí el camino estaba erizado de obstáculos! El menor desliz podía echarlo todo a rodar.

—¿Vamos a casa? —me preguntó Carole mirándome con aire de incredulidad.

—Sí, querida —le dijo Joey—. Ese fulano te va a llevar a los brazos de tu papaíto.

—¡Oh, gracias Dios mío! —exclamó la muchacha—. ¡Gracias, Dios mío!

Oí un sollozo de Vera y volví los ojos hacia ella. La muchacha estaba mirando fijamente a Carole. Mientras la contemplaba observé que su lindo rostro se contraía. Luego vi cómo se dejaba caer en el sofá tapándose la cara con ambas manos para ocultar las lágrimas que salían de sus ojos mientras su débil cuerpo se conmovía por el dolor. Carole la contempló extrañada. Vera presentía lo que iba a ocurrir.

—¿Llevas algún cacharro encima, polizonte? —me preguntó Joey.

El corazón me dió un brinco. La oportunidad que había estado esperando se me iba a escapar de las manos.

—No —dije—. Ya sabes que no acostumbro a llevar trastos ruidosos encima.

Joey le echó una mirada a Scar. El corpulento simio se acercó rápidamente y me palpó todo el cuerpo. Naturalmente, no le costó trabajo encontrarlo. Joey me miró con una fea sonrisilla.

—Vamos, Spade, compadre —dijo en tono de chanza—. ¿Pretendes tal vez que eso no hace ruido? ¿Y dices que no te proponías hacerme ninguna jugarreta?

Correspondí con una sonrisa forzada. No tenía otro remedio que hacerlo. No iba a dejarle ver que me había partido por la mitad, como realmente había sucedido.

—¡Sólo un cuarto de millón! —dije.

—¡Vámonos! —replicó Scar inmediatamente.

Reconocí el sonido que se destacaba en su voz. Era el sonido de la muerte; la voz del asesino. Me quedé un poco atrás para dejar que Carole saliera primero. Scar le echó una mirada a Joey.

—No tardaré en estar de vuelta, jefe —dijo.

—Así lo espero contestó Joey. Sus negros ojos se pusieron en los míos cuando me dijo: —Hasta luego, polizonte.

—Hasta luego —contesté—. Y espero que no tardes en hacerme efectivo el dinero.

—Descuida, amigo —me dijo él—. No tardarás en tener noticias de nosotros. Puedes estar seguro de que seré fiel a mi palabra; no me conviene traicionarte en un asunto como éste.

Salí al corredor detrás de Carole y seguido de Jake. La puerta se cerró tras de nosotros. Pensé en lo desamparada que dejaba a Vera en las garras de aquel monstruo. Pero ¿qué podía hacer yo? Nada. En aquellos momentos tenía que cuidar de la heredera. Mi labor estaba allí. Su padre era mi cliente y tenía que hacer por él lo mejor que supiera, aun cuando Evie seguramente no estaría de acuerdo en aquellos momentos con mi táctica. Tampoco yo estaba mucho de acuerdo con ello. Entonces habría deseado ayudar a Vera. Tenía con ella una deuda eterna.

—No comprendo —me dijo Carole al oído—. ¿Van a recoger el dinero de mi padre o es usted quien se lo va a pagar? ¿Cómo harán eso?

—No se preocupe por eso, señorita —le dije—. Dígame sólo una cosa ahora que podemos hablar un instante —casualmente Jack y Scar se habían rezagado un poco—. ¿Quiénes eran los fulanos que le acompañaban en el «Sapphire» esta noche?

La joven me miró extrañada.

—Pues… Tommy Beaumont, Junior Larosse y Tom Belling. ¿Por qué me lo pregunta?

—Belling —dije en voz alta—. Es un jugador, ¿verdad?

Carole movió la cabeza afirmativamente.

—Creo que sí.

—Larosse —proseguí— ¿no posee caballos de carrera? Y Belling, jugador profesional. ¿Cuál es su especialidad? ¿O cree usted tal vez que el muchacho es una persona decente?

La muchacha continuaba mirándome como atontada. Parecía no comprender lo que le estaba diciendo.

—¡La vendieron a usted! —le dije—. ¿Cree por ventura que se hace tan fácilmente una fortuna? No, no es tan fácil, a menos que sus amiguitos se tomen la molestia de facilitarte la faena a un rufián…

—¡No es posible!…

—Dejémoslo ahora —le advertí al ver que Jake se acercaba.

Llegamos al ascensor. Entramos y tras unos instantes de silencio, estuvimos en el vestíbulo de la planta baja.

Al salir a la calle oí un reloj que daba las cinco. Pensé que los diarios estarían vendiéndose en aquella hora. El mundo sabría ya que Van der Lone iba a gastar una fortuna para recuperar a su hija. Ryan, de la jefatura general, lo sabría y me estaría maldiciendo. Esto era seguro. Por unos minutos se preguntaría cómo era posible que un Spade se pusiera en contacto con un «gángster». Luego se pondría cínico y diría: «¡Bah, cada hombre tiene su precio!». La perspectiva no era agradable para el hijo de un hombre como mi padre, pero había que conformarse por el corto rato en que aquello se hacía necesario. La cosa bien valía la pena. Creo que mi padre habría aprobado tal conducta. De ello estaba perfectamente seguro.

De pie en la acera, frente al edificio, me volví para mirar a Scar y a Jake.

—Creo que se ha dicho algo de un taxi, ¿no? —les pregunté.

—Sí —contestó Scar.

Sus ojos vigilaban el extremo de la calle y comprendí que el taxista sería uno de los hombres de la pandilla de Joey. Todo estaba amañado. Oí el motor, ruidoso por cierto. Paralelamente al taxi venía un camión. Por un brevísimo instante pensé que podía probar fortuna y hacer parar al camión. Podía coger a la heredera millonaria y echarla en la cabina del vehículo exponiéndome a recibir la bala que no se haría esperar… Pero aparte de la bala me quedaría sin poderle echar mano a Joey. Podía salvar acaso a la muchacha, pero no alcanzaría a mi hombre.

La elección no era fácil, desde luego. Era una de las muchas con que me había tenido que enfrentar repetidamente y en las cuales uno piensa que la profesión de detective privado no es nada envidiable ni demasiado divertida que digamos.

—Aquí está —anunció Scar—. Adelante.

El taxi paró en el bordillo de la acera. Cogí a la joven del brazo y

la hice entrar en el vehículo. Aproveché la oportunidad para echar un vistazo a la cara del conductor. Si, era uno de la banda, no cabía la menor duda. Le conocía además. Y él me reconoció también. A pesar de que volvió la cara hacia el otro lado, no fué bastante rápido para evitar que le viese.

—Muy bien, Dutch —dije—. Encantado de verte otra vez fuera de la jaula. La lástima es que tú no vas a estarlo mucho… —me senté en el asiento trasero al lado de la muchacha y miré a Scar dictándole—: Hasta la vista, amigo mío —y cerré de un portazo.

—No estaremos muy lejos de ti… amigo —contestó mirando por la ventanilla.

En el momento en que el coche se puso en marcha me volví para mirar por la abertura de atrás. Un sedán negro acababa de pararse al pie de la acera detrás de nosotros. Scar y Jake entraron en él después de lo cual el vehículo se puso otra vez en marcha. Detrás de nosotros. Indudablemente no se alejarían mucho de nosotros. Y allí estaba yo estrujándome el cerebro, sentado al lado de la muchacha, sin un triste revólver ni posibilidad alguna de obtenerlo. Sólo disponía de mis manos y una mente que se iba poniendo torpe por falla de descanso. Con tales elementos tenía que apoderarme de un individuo que, sin duda, llevaba un cacharro bien cargado y amartillado. El panorama se ponía negro…

—Está usted preocupado, ¿verdad?

Era la voz de Carole Van der Lone. La miré. En cualquier otro momento habría apreciado mejor su encanto. A pesar de lo maltrecha que se encontraba en aquellos instantes se echaba de ver perfectamente lo guapa que era… Veintitrés años de tiernos cuidados no pueden desaparecer en un par de horas.

—Un poquito —repliqué— pero no a causa de usted.

No parecía ser de esas damas que ceden con demasiada facilidad, aunque uno nunca puede estar seguro. La miré en los ojos y se los vi muy firmes, fundiéndose en los míos.

—No creo que tengamos muchas probabilidades de salir bien, ¿no le parece a usted? Dígamelo, por favor. Prefiero saber la verdad.

—Señorita —terció bruscamente el tipo que llevaba el volante— la verdad es que no le queda la más pequeña posibilidad en el mundo. ¿No es así amigo Spade?

Y celebró la chanza con una risotada estridente. Claro, podía permitirse la chuscada porque sabía que Scar y Jake nos seguían en un corto trecho.

—No te fíes demasiado de estar en el lado de los que van a ganar, Dutch —le dije—. Acuérdate de la vez que caíste…

—Déjate de historias pasadas, ahora. Has de saber que actualmente estoy encantado con la marcha del negocio.

La interrupción fué rápida, brusca. Por lo visto no le gustaba que le recordasen ante una dama la calidad de criminal que tenía. En cambio a mí me pareció que era un momento excelente para recordárselo.

—Bien, hombre —le dije— perdóname, pero creo que tal vez pueda, interesarle a la señorita. Así que no hagas caso si le explico algo de la época en que te metieron en chirona por primo. Aquella vez que, lo mismo que hoy, te figurabas hacer una fortuna y fuiste a dar con los huesos en la sombra. Sí, exactamente como ocurrirá ahora. No lo dudes ni un momento…

—¡Calla la boca! —gritó furioso.

Vi por la cara que estaba realmente fuera de sí. Con ello demostraba que el hecho que yo acababa de recordarle era ya un libro cerrado para él y para la mayoría de la gente.

—Estoy viendo que no crees que Joey será lo mismo, ¿eh? —le pregunté. Y luego añadí—: Eres un tonto desgraciado.

—¡Puedes charlar cuanto quieras por lo poco que te queda!

—No hagas caso. Además, tú precisamente sabes por experiencia que soy un hueso duro de pelar.

—¡He dicho que te callases!

—¿Qué pretendéis hacer conmigo, Dutch? —le pregunté sacándole de tino deliberadamente—. Explícame en qué consiste tu trabajo ahora. ¿Mandando pasajeros al otro barrio por cuenta de Joey Derocha? Ya lo estoy viendo: desempeñas el papel de testaferro para el caso que Joey necesite alguien a quien cargar el muerto. Pues te aseguro, Dutch, que en esta ocasión le hará mucha falta. Porque no te quepa la menor duda que de ésta no saldrás muy airoso que digamos…

—¡Cállate o paro el coche y les digo que se busquen otro fulano! —exclamó Dutch temblando de furor.

—Eso no te lo consentirían. Dutch, piénsalo bien —le aconsejé

—. Tú eres un muchacho nuevo en la banda; no llevas bastante tiempo con ellos para permitirte modificar un plan en vías de ejecución.

—¡Charlatán! —me espetó luego entre dientes—. Eres un miserable mequetrefe que nunca se ha visto cuatro dólares juntos en el bolsillo.

—Tampoco he ido nunca a la cárcel, Dutch.

—¡Yo he estado en ella solo una vez!

—Cinco años de condena, ¿verdad? Hombre, por ser la primera vez, no está mal…

—Fué un caso de mala suerte. Estoy seguro que no me ocurrirá otra vez.

—No, porque entonces, tratándose de la primera vez, y teniendo en cuenta que te comportaste como un buen chico, te soltaron a los tres años. Ahora te colgarán diez añitos sin que te valga lo de la buena conducta. Y quizá me quedo corto; si Joey logra salir con la suya, es posible que tengas que ocupar la silla eléctrica acusado de haber matado a esta señorita.

Al decir esto le estreché una mano a Carole. No quería asustarla demasiado pero mi única solución estaba en ponerle a Dutch el miedo en el cuerpo; hacerle rabiar todo lo posible. La cuestión estaba en si lograría mi objetivo.

Observé cómo se le ponían blancos los nudillos de los dedos al apretar el volante. Quizá mis palabras habían calado más hondo en él de lo que yo mismo me imaginaba.

—¿Qué clase de jugarreta te propones llevar a cabo, Spade? —preguntó aparentemente tranquilo.

Yo casi dejé de respirar. ¿Le había enganchado ya?

—¿Para qué crees que haces este viaje, Dutch? —le pregunté.

—Supongo que para desembarazarnos de ti, en primer lugar, y luego tener escondida a la señorita hasta que su papá suelte la pasta.

Moví la cabeza en señal negativa. Dutch me podía ver por el espejo retrovisor.

—Estás en Babia, Dutch. Ya me parecía que te habían enredado como primo. Has de saber que en estos momentos vamos a recoger el dinero; luego tendrás que acompañarnos a dar otro paseíto, seguramente teniendo que llevar un par de cadáveres aquí dentro y

en una carretera donde las patrullas de policía circulan continuamente… ¿No sabes, quién le ha de acompañar, Dutch?

—Estás mal de la cabeza. Spade… No creo que se atrevan a hacer nada de eso…

—Te dejarán en la estacada, Dutch; no lo dudes. Tendrás que arreglártelas solo. Claro que tú eres un chico de gran capacidad, pero la faena que tienes por delante no es grano de anís, que digamos. Si, claro, Joey Derocha es el número uno y puedes hacer un buen puñado de dinero con él… si es que él se fía de ti, cosa poco probable. Luego verás como te mandan desembarazarte de nosotros; que nos eches en el agua del puerto o nos abandones en el campo o nos arrojes por un puente antes de pasar el tren por debajo. Y tú te prestarás a sus planes para que ellos recojan el fruto… que tú no tendrás ocasión ni tiempo de saborear.

—Ya te he dicho que no estás bien de la cabeza. Deberías saber que Joey no es ningún bobo; sabe muy bien cuándo se puede o no se puede hacer una faena.

—¡Oh, sí, seguro! —repliqué yo con sorna—. Joey sabe ponerse a salvo mientras tú cargarás con la papeleta difícil de resolver.

Vi en el espejo cómo los ojos del hombre se movían inquietos. Su atención estaba puesta detrás de nosotros. También yo eché una mirada para comprobar si nuestros perseguidores estaban cerca. En efecto seguían a pocas yardas de distancia. Pude ver la cara de Scar muy cerca a la del conductor; pálida, tensa.

Carole Van der Lone temblaba a mi lado. La miré y sonreí. Ella correspondió haciendo un esfuerzo. Volví a observar a Dutch. Ahora estaba quieto. Me pregunté si valía más dejarle solo en espera de que fuese su propio pánico el que le llevase a la conclusión que yo esperaba con terrible ansiedad. ¿Podía arriesgarme a ello? Ya no tardaríamos mucho en llegar al lugar del encuentro. Quizá no faltaban más que unos diez minutos para asegurarme de la actitud de Dutch; para saber con certeza si se me presentaría la oportunidad de llevar a Carole a su casa en una sola pieza… o de otro modo…

CAPÍTULO VII

Metí la mano en el bolsillo en busca de un cigarrillo. Saqué dos y encendí uno para Carole. Entre tanto observé como los ojos de Dutch no se apartaban de mí ni un solo instante. Se le veía preocupado. No estaba convencido, pero creo que se encontraba a mitad de camino de ello. Eché una bocanada de humo y aguardé.

Por poco que se hubiese descuidado no habría llegado a tiempo de tomar su decisión. Estábamos, de hecho, a la vista de la estación de servicio donde tenía que celebrarse la cita. La carretera se extendía recta, blanca y desierta frente a nosotros Era la carretera más solitaria de los alrededores de Nueva York. Se deslizaba por un punto bastante alejado del extrarradio para que quedase libre de la corriente principal del tráfico. Y en aquella hora de la madrugada era natural que nadie circulase por ella. Precisamente por eso la habían escogido…

Veía ya la figura del empleado, arrebujado en su blanco abrigo, que salía de su cuarto al divisar las luces de un coche que se acercaba. Negocio a la vista. Vi también, con toda claridad otras dos figuras a través de la ventanilla. A medida que nos acercábamos fueron retirándose hasta que entraron en el cuarto del empleado. No me costó mucho trabajo imaginarme quiénes podían ser.

Me incliné hacia adelante para jugar mi última carta. Después de eso todo habría terminado. Mi fin llegaría con una bala que me entraría por la parte de atrás de la cabeza y Carole, bueno, no hace falta decir que la pobre sufriría la misma suerte que yo. El viejo Van der Lone quedaría con la bolsa aligerada de unos cuantos fajos de billetes. Pero, claro está, en aquellos momentos no me preocupaba tanto la pérdida de su dinero como la vida de su hija… y la mía también, naturalmente.

—Dutch —le dije en un tono suave— te quedan acaso tres minutos para que decidas. ¿Ves aquellos dos fulanos que aguardan ahí dentro? Son los que traen la pasta. Éste es el lugar de la cita; son dos hombres de Joey. Están aguardando. Van der Lone no ha enviado a nadie porque se acordó que yo me encargaría de llevarle la muchacha a su casa. Con esta promesa he logrado que Joey doblase la cantidad a percibir, aunque yo sabía que me iba a traicionar. Ahora tiene ya en su poder la cantidad extra, y esos individuos se esperan para regresar con Scar y con Jake. No tienen coche esos dos, ¿no lo ves? Han venido hasta aquí con el autobús y han estado aguardando su regreso. De este modo creen tener la coartada. Ahora Scar te dirá qué es lo que tú debes hacer aquí, que no es otra cosa que lo que ya te he explicado. Te dirán que sigas adelante hasta una distancia de unas cinco millas, tal vez. Allí tendrás que despacharnos a la señorita y a mí y desembarazarte luego de nuestros cuerpos de la mejor manera que puedas… Después tendrás que volver al apartamento de Joey… quizá dentro de una hora para tomar parte en la repartición del botín. El reparto de la cantidad de dinero mayor que has visto en tu vida… Y, además, obtendrás la promesa de que a partir de ahora tomarás parte en todas sus faenas…

—Esto es lo que me ha prometido —asintió Dutch casi para sus adentros.

—Seguro —repuse yo—. Joey te prometerá mucho… pero, dime, Dutch: ¿crees que podrás lograr desembarazarle con éxito de nosotros?

El hombre clavó sus ojos en los míos a través del espejo. De momento adoptó un aire de pretendida fanfarronería.

—¿Por qué no? —preguntó—. No creo que sea tan difícil eso. Y teniendo en cuenta el dinero que hay que ganar… Pero yo no tengo que matar; él me dijo que no tenía que matar…

—Tú no tienes que matar porque él quiere estar seguro de que nos han matado. Quiere que se haga una cosa bien hecha. Hay que asegurarse bien…

Observé alarmado cómo se le iba aclarando la mente. Por unos brevísimos segundos tuve la impresión de que se me escapaba de entre, las manos.

—Sí —dijo como hablando consigo—. ¿Por qué no puedo

arreglármelas yo solo? Si soy capaz de hacer algo útil para Joey puedo hacerlo también para mí…

Eché toda la carne en el asador. La jugada era definitiva.

—Quizá sí podrías, Dutch —le dije—… al menos antes de que Joey te eche en la sombra.

Vi la profunda reflexión que exteriorizaba su rostro. Todas sus facciones se perfilaban claramente como en una pintura, sobre la superficie del pequeño espejo.

—¿De qué diablos estás hablando? —exclamó de repente—. ¿Qué pretendes ahora?

—Acuérdate de la última vez, Dutch —le dije.

El hombre meneó la cabeza.

—No, no puede ser… —dijo como en un susurro. Luego habló otra vez en voz alta—: No, Joey no es capaz de semejante cobardía… Al menos conmigo no lo haría…

—¡Qué no lo haría, dices! ¡Y sin pensármelo mucho que lo hará! —le dije con toda la energía—. No le toca otro camino que hacerlo. Tiene que utilizar a alguien para cubrir su huida. Se largará hacia Sudamérica y vivirá allí como un rey mientras aquí se despeja la situación. Luego volverá mando tú estarás todavía pudriéndole en la cárcel, y empezará de nuevo a operar para hacer otro paquete y cargar el mochuelo a otro primo. Para entonces encontrará un nuevo Dutch, no lo dudes. Ya ves que destino es el tuyo. Quítate la venda que te cubre los ojos. Estás frente a la misma jugada que te costó la libertad la última vez. ¡Una traición cobarde y canallesca!

Gritaba tan fuerte que no me habría extrañado que Scar me hubiese oído. Carole estaba acurrucándose en el rincón trasero del coche. ¡No sé quién, era el que estaba más profundamente asustado en aquellos momentos: la muchacha, yo, Dutch o la siniestra pareja que nos iba detrás! Creo que todos estábamos un poco afectados por la locura de aquel instante…

—Lo que tú quieres es inutilizarme… engañarme… Eres un zorro.

No dijo más. Yo cogí la mano de Carole y se la apreté fuertemente. No quedaba tiempo para nada más. Dutch hacía entrar el coche en la estación de servicio. Los dos individuos que estaban allí fumando un cigarrillo salieron al tiempo que el coche de Scar y Jake se paraba al lado del nuestro. Vi cómo se cruzaban unas

miradas, y observé algo más que me pareció realmente importante. Uno de los dos desconocidos tenía un voluminoso paquete que sujetaba con una mano. Los ojos de Scar se pusieron en el bulto inmediatamente. Y los de Dutch, los míos y también los de Jake. La escena parecía un primer plano cinematográfico. Después de mirar al paquete nos miramos todos entre sí por unos instantes.

—Buenas noches, caballeros —elijo el empleado de la gasolina iniciando la conversación—. Estos dos señores están aquí esperando el autobús. ¿Serían ustedes tan amables de llevarlos hasta la ciudad?

Scar miró a los dos hombres.

—Con mucho gusto —replicó con una sonrisilla—. Suban ustedes. Creo que podré llevarles un trecho por lo menos.

—Perfectamente —dijo Dutch al empleado de servicio en un tono de voz amarga que denotaba que el hombre se iba convenciendo de que ocurría lo que yo le había indicado.

El empleado estaba limpiando el parabrisas del coche de Scar; éste se acercó al taxi. Sus ojos se posaron en mí y en Carole; luego se inclinó para hablarle a Dutch.

—¿Me hace el favor de un poco de fuego, señor? —le dijo… Y a continuación bajó el tono de su voz—: Sigue adelante; nosotros iremos detrás de ti… Tenemos una faena que hacer, y tú has de cuidar de algo.

Inmediatamente se enderezó, cogió el encendedor que le ofrecía Dutch, encendió el cigarrillo y se volvió a su coche.

Dutch estaba sentado en su sitio, inmóvil como una estatua. Luego sacó un billete de diez dólares y lo dió al empleado. Éste trató de prolongar la conversación que había iniciado a la llegada, pero el aspecto de Dutch no invitaba precisamente al coloquio. El hombre fué a la oficina en busca del cambio.

—¿Lo estás viendo, Dutch? Exactamente cómo te he dicho —corroboré.

Permanecí silencioso mientras observaba como Dutch miraba el paquete de la mano del individuo que aguardaba allí plantado. Los dos sujetos tenían toda la facha de pistoleros. Los habían ido a buscar fuera de la ciudad para que no se les pudiese identificar fácilmente. En cuanto les hubieran pagado desaparecerían hacia Peoria o hacia el lugar a donde habían ido a buscarles. Los policías

dirigirían sus pasos hacia guaridas más sospechosas por conocidas, pero los dos individuos se pondrían fácilmente a cubierto de toda sospecha puesto que no eran conocidos en aquella parte del país. En una zona superpoblada como la de la región neoyorquina no resulta muy difícil escapar impunemente tras haber cometido un crimen.



Y le propiné al otro individuo un formidable puñetazo.

—¿Has oído lo que ha dicho? —me preguntó Dutch, mientras sus ojos destellaban como un fuego retador según pude observar en

el espejo.

—He oído.

—Tienen confianza en mí; creen que puedo hacer la faena. No sé por qué diablos he de ser yo quien dude de ello. ¿Por qué tú me has dicho que me traicionarían? No deberías meterte en lo que no te importa. Al fin y al cabo eres un miserable polizonte que gozas metiendo bulla…

—Lo que sucede es que me da pena que un hombre de pelo en pecho como tú se preste a sacarle las castañas del fuego a ese rata de Joey y a su cuadrilla de gandules.

Dutch murmuró unas cuantas maldiciones.

—Con lamentarte no ganarás nada —le dije decidido a no cesar ni un minuto en la ofensiva iniciada, pensando que una interrupción podía ser fatal si con ella el hombre se libraba de mi influencia—. No vas a ganar nada con lamentaciones. De ésta no te salvará nadie. ¿Sabes qué te aconsejaría? Cuando Ryan te eche la mano encima dile que no se precipite al acusarte. Dile que la culpa fué toda de Joey Derocha; que fué quien te obligó a matar a la joven millonada y enterrar su cadáver. Prueba fortuna; dile al inspector que tú no ibas a percibir un triste centavo de la operación. Dime, Dutch, ¿no te han pagado nada todavía?

—No te esfuerces charlando, Spade. Hace rato que estoy viendo a dónde vas.

—Lo creo; lástima es que no le veas igualmente las intenciones a Joey…

Me callé. El empleado de la estación regresó con el cambio que entregó a Dutch. Éste se lo puso en el bolsillo y giró el volante poniendo el coche otra vez en marcha. Sus ojos buscaban por el espejo para ver qué hacía Scar, quien en aquellos instantes estaba hablando con el tipo del paquete. El fulano que llevaba encima el precio del rescate, una verdadera fortuna que no iba a servir para rescatar a nadie… O al menos así lo parecía en aquellos momentos.

—No te entretengas ni hagas el tonto, Dutch. Piensa que se les puede ocurrir la idea de que no eres de confianza, y entonces esos de atrás tendrán necesidad de gastar tres balas en lugar de dos…

—¡Cállate! —me ordenó otra vez saliéndole los ojos de las órbitas.

—Piensa bien en lo que te conviene Dutch; disimula tanto como

puedas, y no les dejes ver que estás preocupado. Procura darles la sensación de que aceptas el juego tal como viene. No les enseñes que estás vacilando; sé firme; así es como a Joey le gustan sus monigotes… Sigue tu camino, Dutch. Alta la frente. Alta hasta el mismo instante en que vayas a sentarte en la silla eléctrica…

Dutch ya estaba fuera de sí por completo. Su pie apretaba con furia el acelerador. Íbamos a una velocidad más que regular. El automóvil se ladeaba peligrosamente al tomar las curvas sin disminuir en absoluto la marcha; íbamos demasiado aprisa. Dutch necesitaba más tiempo del que yo podía darle. Detrás de nosotros seguía el coche de Scar y Jake. Luego fue acortándose lentamente la distancia que nos separaba. Dentro de unos minutos estaría a nuestro lado… sonarían un par de tiros; uno para Carole y otro para mí… ¿O quizá nos obligarían a apearnos, y nos llevarían andando basta un campo? Fuese lo que fuese, el final iba a ser el mismo. Un par de disparos y todo habría terminado para nosotros.

Claro que podía haber continuado hablando a Dutch para ver si acababa de inclinar a mi favor el fiel de la balanza, pero ahora no me resultaba tan fácil como antes.

—No te esfuerces más —dijo de pronto la muchacha con voz trémula—. Ha hecho usted cuanto ha podido. Nunca podría olvidar lo que ha hecho por mí.

Sus grandes ojos color violeta desbordaban de lágrimas. Pensé, en una mezcla de amargura y humor, cuánto tiempo creía Carole que le quedaría para recordar lo que yo había hecho por ella… Seguramente menos de lo que se imaginaba.

Scar estaba ya pegado a la zaga de nuestro taxi. Dutch continuaba aventajándoles; no sé por qué motivo, aun cuando veía los esfuerzos que Scar hacía por alcanzarnos —y Dutch sabía muy bien para qué— no disminuía en absoluto la marcha. Su pie continuaba apretando con la misma furia el acelerador. Miré al espejo y vi que tenía puestos sus enrojecidos ojos en el coche de detrás.

—¿Has querido tomarme por un primo, eh? ¿Te propones enviarme a la sombra otra vez? Pero esta vez a la silla… ¡Maldito seas…!

—¡Una pistola…! ¡Dame una pistola, Dutch; tú debes tenerla; dámela y le detendré…!

—¡Maldito canalla; perro rastrero…!

Observé que aquellos ojos enrojecidos no eran los de un hombre cuerdo. Dutch estaba en pleno delirio. El odio, el miedo y otras emociones contradictorias le hacían zozobrar como a una débil embarcación, en medio del fragor de una tempestad. Una súbita llamarada de furor violento, de odio intenso, apasionado, había hecho presa de él.

Miré a Carole. Como respondiendo a una invitación muda la joven arrojóse en mis brazos. Comprendí que la última posibilidad de salvación se había esfumado para nosotros. Veía destruida la oportunidad de ganar a Dutch para nuestra desesperada causa; el tiro me había salido por la culata. El fulano se lo había tomado demasiado en serio. Estaba loco… y me parecía que no tardaría en echar a Scar fueras de la carretera.

No cabía la menor duda que ésa era su intención. Scar y Jake estaban ya muy cerca de nosotros ahora. Vi como Scar estaba medio colgando por fuera de la ventanilla llamando a Dutch a pleno pulmón. Probablemente le decía que parase. Sus palabras se perdían en el viento veloz que cortaban los dos coches en loca carrera, sin que pudiesen llegar inteligiblemente a nuestro oído.

Miré el cuadro de mando. Estábamos corriendo a ciento treinta por hora. Si Dutch perdía por un segundo el control del volante todo terminaría para nosotros. Por eso era demasiado temerario suicida casi intentar intervenir otra vez; quitarle el volante de las manos como había sido mi intención durante unos instantes. Si lo hacía, lo más probable es que no lograse otra cosa que acabar hecho añicos, esparcidos por la carretera. Y lo que era más importante: ése sería también el final de la muchacha.

Por eso no me atreví a hablarle otra vez a Dutch, aunque reconocía que tampoco habría conseguido nada con ello; sus ojos eran una viva llama de furor salvaje. Entre tanto, iba murmurando palabras ininteligibles con los dientes apretados. Era la conciencia y el instinto de conservación los que le hacían hablar, indudablemente. Sin oírle me imaginaba que todo su delirio se relacionaba con el recuerdo de su pasada condena y la posibilidad de incurrir en otra peor. Esto era el resultado de mi insidiosa intervención en aquellos momentos críticos. Mis palabras habían calado muy hondo en su cerebro y habían quedado grabadas en él

como una marca de hierro candente. Yo no me había imaginado el alcance de mi acción al atizar el fuego dormido en la conciencia de aquel hombre, pero lo cierto era que mis palabras habían desatado una furiosa tormenta debajo de la superficie.

Las manos de Dutch en el volante parecían bastante firmes, pero lo que me asustaba era su cara. He de reconocerlo. Me asustaba de verdad. No es que me haya causado miedo alguna vez morir; lo que me fastidiaba era acabar en manos de un chiflado… ¿No resultaba también ser esto una chifladura?

Scar, a pesar de todo ganaba terreno. Su feo rostro se veía más cerca a cada instante. El individuo tras el volante le estaba sacando hasta la última gota de energía a la máquina. Pero Dutch conocía su motor a la perfección y le hacía dar también el máximo rendimiento.

Yo sabía lo que iba a ocurrir. Carole apretaba la cabeza contra mi pecho. Le puse una mano sobre el suave y brillante cabello.

Scar llegó, al fin, a nuestra altura, y Dutch le gritó con voz aguda:

—¡Traidores! ¡Joey Derocha es un traidor! ¡Yo no iré nunca más a presidio! ¿Me oyes, Joey? ¡No iré nunca más; serás tú el que se pudrirá allí! ¡Tú serás, Joey Derocha!

Y dio una brusca sacudida al volante. Yo me agarré rápidamente a un lado y sostuve a Carole con la otra mano para que no se cayese sobre las tablas del coche o diese de cabeza contra los cristales de la ventanilla opuesta. El costado del taxi golpeó fuertemente el automóvil de Scar. El golpe cobró mayor fuerza a causa de la terrible velocidad a que marchábamos. Scar lanzó un chillido. Yo le oí perfectamente a pesar del agudo chirrido de los neumáticos. Era un grito desgarrador que se fundía con el resto del violento ruido.

Vi como su coche se levantaba y se disparaba como un proyectil contra la blanca alambrada del lado de la carretera a la cual arrancó de cuajo, yendo a estrellarse contra un montón de tierra. Instantáneamente brotó de él una viva llamarada que se elevó hacia el cielo. Dutch continuaba agarrado al volante y reía, reía como un loco. Como un chiquillo. Con una risa completamente histérica.

—¡Así aprenderá a traicionarme, el canalla… miserable traidor…!

Aproveché la oportunidad al ver que disminuía la marcha. Le

asesté un golpe en el cráneo y le arrebaté el volante de las manos. Corté, la ignición y acerqué las ruedas al bordillo para ayudar a frenar. Cortado el contacto había menos peligro de incendio caso que el coche volcase como le había sucedido al de Scar. Una violenta sacudida lanzó a Carole al suelo del coche. Yo choqué de cabeza contra el volante; la conmoción estuvo a punto de dejarme sin sentidos.

Levanté los ojos al tiempo que se me despejaba la cabeza en medio de un dolor intenso. Dutch estaba inerte, pegado a la portezuela y con la cabeza colgando hacia el exterior. ¿Estaría muerto? Carole se asomó mirando por encima del respaldo del asiento. Sus grandes ojos aparecían inexpresivos. Tenía una mancha en la tersa piel de la cara; de otro modo habría estado guapa como siempre.

Inicié una risa. Seguramente era la reacción. Carole me miró con estupor. Luego la risa prendió también en ella. Pero más rápidamente y con caracteres más alarmantes. Tuve que ponerme en pie y calmarla por medio de una rápida y enérgica bofetada.

La muchacha cesó en su actitud y se puso a llorar por espacio de unos seguimos. Le di mi pañuelo y me dispuse a sacar a Dutch que todavía tenía los pies sobre las palancas de acelerador y embrague. Le eché al departamento de atrás y miré a Carole. La joven estaba tranquila.

—Venga a mi lado —le dije.

Carole pasó por encima del respaldo y se sentó a mi lado. Le cogí el pañuelo y le limpié la suciedad de su linda cara.

—Así está mejor —dije—. No quiero que sea dicho que ninguna muchacha rescatada por mí aparezca hecha un estropajo.

Hice girar el volante, describí una perfecta U sobre la carretera y puse el coche en dirección a la ciudad. Eché una mirada al reloj. Eran casi las ocho de la mañana. No me quedaba más que una sola gestión para completar el cuadro; era el punto siguiente de mi agenda.

—Carole —le dije—. ¿Qué te parece si nos parásemos en casa de uno de tus amigos antes de llevarte a tu casa? —le pregunté.

—Puedes hacer lo qué creas conveniente —replicó ella asintiendo con un movimiento de cabeza.

—No creo que nos lleve mucho tiempo… —le dije con una

sonrisa—… si sabes dónde vive.

—¿A quién te refieres? —me preguntó.

—A un tipo llamado Beaumont.

—¿Tommy Beaumont? —me preguntó mirándome extrañada.

—El mismo —contesté—. El fulano con quien estuviste anoche… cuando te raptaron.

—Pero…

—¿Sabes dónde vive?

—Si, pero…

—No hablemos más; hacia allí nos vamos volando.

Pisé el acelerador a fondo. No era cuestión de perder el tiempo discutiendo. Aunque no podía asegurarlo, tenía al menos la firme sospecha de que uno del grupo de elegantes caballeros que le acompañaban aquella noche le había vendido a Joey a cambio de dinero, y Beaumont era el más indicado para ello. ¡Casualmente sabía que el individuo tenía contraída una importante deuda con un amigo mío con motivo de sus apuestas en las carreras de caballos… amigo a quien también yo le debía cierta cantidad por el mismo concepto!

No lo dudé más: a través de Beaumont podría echarle seguramente la mano encima de Joey. Sólo necesitaba pruebas. Las pruebas que hacían falta para poder mandar a mi amiguito entrañable a la hermosa silla, especialmente preparada, que le estaba aguardando en Sing.

—Joey —dije hablando para mí en voz alta—; he estado esperando este momento durante años. ¡Y juraría que más de una vez me ha parecido oír como mi padre se reía!

Capítulo VIII

El tráfico era denso desde el extrarradio hacia el interior de Nueva York cuando hicimos nuestra entrada en la ciudad. Los que al llegar la noche van a dormir en los distritos circundantes de la gran urbe, regresan a ella cada mañana temprano. Pero toda aquella corriente humana estaba ensimismada con la preocupación cotidiana del negocio y el trabajo mientras que aquella muchacha de cara pálida y yo habíamos sido recientes espectadores de la quema de una fortuna en billetes de banco en medio del montón de chatarra del coche volcado. Y con aquella fortuna se habían esfumado además los sueños de un nuevo Zar del crimen. Joey había acabado su trágica y brillante carrera con aquel golpe audaz. Aquella faena que iba a ser la última; la que señalaría su triste epitafio. El viaje a Río donde habríase rodeado de fastuoso lujo y comodidades como un rey oriental, no pasaría de ser uno de tantos sueños. Desde allí no podría burlarse, ni despreciar a los competidores profesionales, menos sagaces y menos inteligentes que él. No, ya no podría hacer nada de eso. El viaje proyectado no se realizaría. Yo le mandaría a otro lugar. Y mi idea cobraba mayor fuerza mientras movía el volante siguiendo las indicaciones que Carole me iba haciendo.

—En la próxima esquina vira a la izquierda —me dijo—. Aunque tengo la seguridad de que tu sospecha es infundada.

Era natural que la muchacha pensase así. Creo que de haber estado en su lugar, tampoco a mí me habría gustado pensar de otra manera. No constituía ningún placer comprobar que uno de los amigos con el cual te has relacionado durante varios años ha sido capaz de tomar parte en una tenebrosa maquinación para raptarte y hacer que tu padre soltara una suma más que respetable.

—Está metido en un apuro financiero —le dije.

Carole meneó la cabeza.

—No puede ser. Tommy siempre ha tenido mucho dinero —insistió.

—Siempre hasta que empezó a apostar demasiado fuerte por los caballos que perdían.

—Veo que no comprendes; su familia es muy rica además.

—Ya lo sé —asentí— pero le ha desheredado hace algunos meses. Exactamente: cuando liquidaron su última deuda por las apuestas.

Carole me miró con incredulidad, si bien la sospecha empezaba a prender en su mente reflejándose en la expresión de su rostro. Me pareció que no tardaría en ceder reconociendo que tal vez yo tenía razón. No obstante, los hechos del pasado pesaban mucho en su ánimo.

—¡No puede ser; no es posible! ¡Precisamente Tommy pretendía casarse conmigo!

La muchacha arqueó las cejas. La cosa parecía algo más complicada ahora.

—¿Y por qué no aceptaste? —le pregunté.

—Porque no me gustaba.

La miré otra vez con mayor respeto. ¡La damita tenía personalidad!

—Así, pues —proseguí diciendo— lo veo más claro; al no poder alcanzarte de un modo ha tratado de cogerte de otro…

—No; no puedo creerte.

—No cabe duda de que Beaumont se entrevistó con Joey —dije hablando deprisa como si ella no hubiese dicho nada—. Como si lo estuviese viendo; una noche, Tommy perdería tanto dinero en el club que se vió obligado a pedirle prestado a Joey para salir del apuro… Estoy más que seguro de que la cosa empezó por ahí…

Carole me escuchaba ahora; lo estaba viendo claramente. Volvióse vivamente hacia mí y me preguntó:

—¿Cómo puedes saber todas esas cosas? Esta noche nos hemos visto por primera vez…

—No ha sido a raíz de este incidente que he sabido estos pequeños detalles, Carole —le dije—. Mi trabajo consiste en enterarme de menudencias como ésas; luego viene el día en que resultan de utilidad Quedarías sorprendida si vieses la cantidad de

detalles que parecen inútiles e insignificantes en un momento dado y que luego resultan de un valor inapreciable… como este de ahora, por ejemplo. El hecho de que Tommy Beaumont le debiese dinero a Joey Derocha no tenía para mí el más pequeño significado, excepto el que me hiciese sospechar que detrás de la generosidad de Joey podía haber interés en conseguir algún favor. Ahora ya sé qué clase de favor se trataba… —Reí súbitamente y añadí—: No cabe la menor duda de que el favor no era otro que el facilitarle el rapto.

Carole rió también, pero en su risa noté un acento de amargura. La miré fijamente y le dije:

—Pronto habremos terminado; luego te acompañaré a casa para que puedas descansar.

—¿Descansar? —dijo ella con aire de fatiga—. ¿Crees que existe el descanso?

—Hemos de ver a tu padre lo antes posible —contesté.

—Sí, pobre papá mío. ¡Estará loco de dolor!

—Le prometí la solución para dentro de veinticuatro horas… buena o mala.

Carole me miró de un modo penetrante.

—¿Siempre eres tan fiel a tu palabra? —preguntó.

—Por lo menos cuando la suerte está de mi lado.

—La suerte —musitó la muchacha—. ¿A eso que has hecho le llamas suerte?

En aquellos instantes no se me ocurrió otro argumento. No contesté, sin embargo, porque habíamos llegado a la esquina donde tenía que cambiar de dirección. Carole se incorporó en el asiento y fué guiándome. A los pocos minutos estábamos frente a las aristocráticas Torres Colchester.

—¿Conque aquí es donde se guarece ese caballerete, eh? —pregunté.

Salí del coche y eché una mirada al departamento trasero donde yacía Dutch. No se había movido, pero para asegurarme metí la cabeza por la ventanilla y le sacudí un poco. Nada, el hombre estaba sin duda durmiendo el sueño eterno.

—Vamos —le dije a la muchacha—. Te necesitaré solamente para redondear su confesión.

De pronto, Carole sintióse asustada. Los labios le temblaban cuando me anunció, encogiéndose:

—No quiero ir.

—¿Temes acaso comprobar que he acertado? —le pregunté.

Esto hizo efecto. Al oír mi pregunta se apeó inmediatamente y avanzó delante de mí.

Naturalmente, en un barrio como aquél, a aquella hora de la mañana, era como si fuese media noche. No se movía un alma, por lo que era de prever que *Mr.* Beaumont no constituiría una excepción a la regla. De esto poníamos estar más que seguros.

Entré en la casa de apartamentos y pregunté su número en la portería. Carole estaba de pie, inmóvil como una estatua, aguardándome. El portero me recibió con una sonrisa.

—Usted debe de ser el caballero a quien está esperando *Mr.* Beaumont. Hace un momento que me ha preguntado si había llegado. ¿Quiere hacer el favor de subir enseguida a su cuarto?

Contesté moviendo la cabeza afirmativamente. Al parecer la suerte seguía acompañándome. Le dirigí a Carole una mirada especulativa.

—¿Subes?

La joven miró primero a su alrededor, con cierta inquietud; luego vino hacia mí decididamente.

Subirnos con el ascensor sin pronunciar palabra y avanzamos por el pasillo hasta llegar frente al cuarto de *Mr.* Beaumont. Llamé. El caballero acudió inmediatamente a la puerta. En cuanto hubo abierto entré sin cumplidos de ninguna clase. Tenía que actuar con rapidez para evitar la posible reacción de su parte ante mi presencia. Pero no hacía falta. El individuo quedó plantado al pie de la puerta, inmóvil y blanco como el yeso, mirando fijamente a Carole. Su sola expresión bastaba para decirle a la joven que yo tenía razón. Pero por si no había sido bastante, pronto desapareció toda duda. *Mr.* Beaumont habló. Brevemente. De todos modos dijo todo lo que yo quería que ella hubiese oído.

—Carole… estoy contento… muy contento… No sé cómo has logrado escapar, pero… has de saber que yo no quería… no quise nunca que sucediese, Carole…

—Pero lo hiciste —le dije yo vivamente— y Carole estaría muerta a estas horas. Por eso creo que me excusarás si no puedo creer en tu buena fe ni en tu arrepentimiento. Además, nos tienes que explicar algunas cosas…

El individuo me miró. De pronto, pareció darse cuenta del verdadero alcance de mi visita. Su cara adquirió un aspecto de honda gravedad.

—Dime: ¿es Joey Derocha el hombre que lleva la batuta en esa operación? —inquirí.

Beaumont movió la cabeza afirmativamente. Sus hombros se encorvaron.

—Sí —dijo—; él lo planeó todo. Yo sólo tuve que llevar a Carole allí y procurar que se sentase en el lugar conveniente…

—Bueno, y suponiendo que todo hubiese salido bien para vosotros, ¿qué tenías que hacer tú ahora?

Beaumont me miró como si no me hubiese comprendido.

—¿Eh? No sé qué quiere decir…

Aquel joven elegante y caradura que vendía a sus amistades me estaba acabando la paciencia.

—Estoy viendo que lo único que te interesa a ti es hacer dinero como sea, sin escrúpulo de ninguna clase —le dije.

La cara de turbación que puso el galante calavera me indicó que le había puesto el dedo en la llaga. Miró rápidamente a Carole y balbució:

—Carole, puedes creer…

—¡Te prohíbo que le hables a *Miss* Van der Lone, miserable! —le ordené enérgicamente—. Se necesita cinismo para mirarle a la cara como si nada hubiese ocurrido. Si ella no ha muerto ha sido por el capricho de la suerte. Y tú puedes considerarte también afortunado de que no te triture los huesos ahora y aquí mismo dándote la paliza que mereces.

Beaumont bajó los ojos y murmuró:

—Quizá sería una buena idea el que lo intentaras…

—No me incites a ello porque me costaría muy poco empezar —le advertí con impaciencia—. Y no me vengas con evasivas; no acepto ninguna excusa. Ahora vamos a ver si me explicas cuáles eran las instrucciones que tú tenías para después de la operación. Escoge: ¿estás conmigo o contra mí?

—Diré la verdad —contestó, al fin, con tono y aspecto compungidos.

—Vamos a ver, pues; supongamos que Carole ha muerto y que el dinero ha sido recogido. ¿Qué tenías que hacer tú a continuación?

—Tenía que encontrarme con él o… —Beaumont se interrumpió.

—¿O qué?

Sus ojos se clavaron en los míos. El individuo sabía que cada palabra que pronunciaba era un paso que daba hacia la cárcel. De todos modos no había salida posible para aquel petimetre que había sido una figura destacada de la sociedad neoyorquina.

—O habría venido aquí uno de sus hombres —concluyó.

—¿Para traerte la parte que te correspondía del botín? —le atajé.

Beaumont parpadeó al oír estas palabras. Yo sonreí. Con semejantes tipos carentes de todo escrúpulo moral no era difícil arrancarles la verdad. El brillo del dinero les cegaba; les enloquecía.

—Sí, ésa era la idea —contestó en voz baja, aunque me imagino que Carole debía aguzar mucho el oído ya entonces.

—¿Y en caso que no hubiesen podido llegar hasta ti? —pregunté, puesto que no tenía ganas de dejarle allí.

Beaumont suspiró diciendo:

—Yo tenía que ir a su encuentro.

—¿Dónde?

Yo sabía ya la respuesta antes de hacer la pregunta, pero quería continuar hasta el fin.

—En el apartamento donde está la muchacha.

—¿La joven llamada Vera?

Beaumont movió la cabeza afirmativamente. Yo miré a Carole. Sentada en el sofá, en el mismo borde, parecía enferma a causa de la profunda conmoción moral que estaba sufriendo después de las terribles horas que acababa de vivir. Yo comprendía que entonces empezaba a ver claro. Antes, todas las cosas se habían sucedido a un ritmo tan vertiginoso que no había sido capaz de comprender el verdadero sentido de las mismas, pero ahora que había descansado un poco y luego de haber visto y oído al hombre que le había fingido una amistad y con el cual había bailado tantas veces… Explicando cómo iba a recoger su parte del dinero manchado de sangre… ¡De su sangre, precisamente!

—Te conviene beber algo —le dije. Y dirigiéndome al joven ordené con voz tajante—: Trae algo para la señorita. Yo tomaré «*whisky*». ¡Deprisa!

Beaumont obedeció instantáneamente. Dejé que hiciese él mismo la mezcla, pero cuando se dispuso a ofrecer el vaso a Carole, le salí al paso y se lo arrebaté bruscamente de las manos.

—Se necesita tener cara dura —le dije.

Él volvió la mirada hacia el otro lado.

—¿Dónde vas ahora? —preguntó Carole. Quería tener la respuesta antes de beber.

—He de acudir a la cita en lugar de este joven.

Observé que Carole palidecía otra vez al oír mis palabras.

—No temas —me apresuré a decirle—; tú no tienes que acompañarme. No quisiera que volvieses a ver aquel lugar y mucho menos la facha de Joey Derocha.

—¿Usted quiere ir allí?

La pregunta la hacía ahora Beaumont al tiempo que me miraba fijamente. Respondí a su mirada y moví la cabeza en señal afirmativa.

—Claro que sí —repuse—. ¿Crees que voy a quedar satisfecho dejando las cosas tal como están? ¡Diablos! He de cazar al jefe de la banda; al pez gordo. Y tú amigo mío, me vas a ayudar. Haremos ese viajecito juntos.

Beaumont quedó mirándome estupefacto, sin dejar ver el menor síntoma de que comprendiese el alcance de mis intenciones. Le dejé mirar durante unos segundos durante los cuales observé la débil línea de su barbilla, antes tan arrogante, los ojos acuosos y los hombros algo caídos.

—Carole —le dije— una muchacha guapa como tú, dejando aparte todo tu dinero… bueno, ¿sabes que parece deberías tener un poco más de gusto con los hombres?

Oí una leve risita tras de mí y comprendí que había dado en el blanco. La joven había sonreído.

El amigo Beaumont estaba esperando. Saqué un cigarrillo y lo encendí. A continuación me dispuse a marchar para emprender la definitiva operación que tenía que acabar con la captura de Derocha. Era la última función que vería, dejando aparte la de la silla eléctrica.

—Vamos, los caballeros deben ser puntuales cuando tienen una cita —dije.

CAPÍTULO IX

Antes de salir del apartamento resolví telefonear a *Mr*. Van der Lone. Carole se puso al aparato. No creo que nadie haya podido oír a un hombre más feliz ni a una muchacha tan dichosa al hablar con su padre. Estoy seguro que en lo más hondo de su corazón ninguno de los dos había confiado en volver a ver al otro.

Después que ella hubo hablado cogí el aparato. Pensé que para completar la dicha del viejo tenía que hacerle partícipe de la operación de rescate asignándole una pequeña misión. El hombre se sentiría orgulloso de ello.

—Quisiera que llamase usted a Ryan, del departamento de policía —le indiqué—. Dígale que se traslade al apartamento de
Joey-Vera.
Él encontrará la dirección. Dígale que esté allí dentro de diez minutos. Y dígale también lo que le voy a indicar a continuación.

Y le di a Van der Lone otro recado.

Bajamos a la calle y cogimos el coche tomando la dirección del apartamento de Vera. Al parar frente al edificio vi un policía en la esquina. Le llamé.

—¿Qué desea usted, señor? —me preguntó acercándose con aire de pocos amigos como siempre aparecen al principio esos señores.

—Me llamo Spade —le dije enseñándole mi tarjeta.

Mi autopresentación no hizo que el hombre se mostrase más amable, que digamos, pero al menos sirvió para que viese que los dos trabajábamos en el mismo ramo aunque perteneciésemos a equipos distintos.

—Usted dirá…

En el rostro del policía había un aire de desdén, no obstante lo cual, accediendo a mis señas, se inclinó para aplicar el oído en la

ventanilla del coche.

—Esta señorita es Carole Van der Lone; el individuo, un cómplice de la banda… El jefe está en aquel apartamento de ahí arriba —señalé vagamente con la mano, puesto que desde allí no se podía precisar la exacta situación geográfica de la guarida de Derocha. A continuación añadí—: Voy a llevar a este caballero ahí arriba y solucionaré la cuestión en unos pocos minutos… Ryan no tardará en estar aquí.

Cuando el policía oyó el nombre del inspector se puso rígido automáticamente.

—Como no quiero dejar aquí, sola, a *Miss* Van der Lone —le dije para concluir— espero que cuide usted de ella hasta mi regreso.

—De acuerdo —contestó el hombre.

Cuando yo hube salido del coche, él entró y sentóse tras el volante. Respiré hondamente, tranquilo. Carole quedaría fuera de todo peligro; por ella no tendría que preocuparme ya.

—Creo que aquí estarás bien —le dije acercándome a la ventanilla—. No tardaré en bajar… y entonces, habré dejado la compañía.

Carole movió la cabeza, asintiendo, y sonrió dulcemente.

Entramos en la casa de apartamentos. No sentía la menor preocupación por el hecho de ir acompañado de aquel caballerete. Tenía la convicción de que el fulano sabía comprender cuándo una partida estaba irremisiblemente perdida. De entre los granujas que había conocido, aquél me parecía bastante inepto y duro de mollera además.

Entramos en el ascensor y avanzamos luego lentamente por el pasillo. Pronto vi una cara conocida: uno de los guarda-espaldas de Joey estaba apostado al lado de la puerta. Inmediatamente pensé que para el éxito de mi plan tenía que obligar a aquel individuo a que entrase en el apartamento.

En cuanto el satélite me reconoció, echó mano rápidamente al revólver.

—¡Deja quieta ahí la chatarra, idiota! —le dije—. ¿No sabes que trabajo para tu jefe?

—¡Qué jefe ni qué diablos! —Fué su tajante respuesta.

Luego se fijó en Beaumont. Como es natural, le reconoció enseguida. Esto le dejó algo turbado al guardián.

—Llama a Joey; tenemos que hablar con él —ordené—. Sin pérdida de tiempo.

El hombre me miró inexpresivamente. A continuación pulsó el timbre de la puerta.

—Piensa que si me engañas no saldrás de aquí; te sacarán, en todo caso, con los pies por delante…

Cuando acababa de pronunciar este halagüeño mensaje se encontró frente a Vera que acaba de abrir. La joven quedó plantada en el umbral. Iba con una camisa de dormir de gasa negra, cubierta con una bata del mismo material. Llevaba la cabellera suelta y, de no haber sido por la expresión de su lindo rostro, habría ofrecido un aspecto deplorable. Tal como estaba entonces todavía aparecía guapa aunque muy asustada. En cuanto se dió cuenta de mi presencia vi cómo aquellos ojos tan bellos parecían a punto de saltarle de las órbitas.

—¡Tú! Pero…

No dijo más; limitóse a echar una mirada aprensiva por encima del hombro hacia el interior.

—¡Aguarden un minuto los dos! —terció bruscamente el individuo que montaba la guardia.

Y alargó la mano para empujar a Vera hacia el interior. Automáticamente alargué las manos para cogerle pero tuve que detenerme de repente. En el último instante me di cuenta de que si le permitía que empujase a Vera y se dirigía él mismo donde estaba Joey para explicarle lo sucedido, era el único modo de evitar que estuviese en el pasillo para dar el aviso a la llegada de Ryan.

Vera retrocedió bamboleándose hacia el interior, y el individuo se dirigió entonces hacia nosotros.

—¡Entren! —ordenó.

Acepté encantado. Mi interés estaba en que el hombre continuase creyéndose dueño de la situación. Para lo que le iba a durar…

—Jefe —dijo asomando la cabeza a la puerta del vestíbulo cuando la de entrada del apartamento se hubo cerrado tras de nosotros…—. Aquí viene este caballero acompañado de Beaumont…

Por la puerta entreabierta vi como Joey Derocha se incorporaba en el sofá donde estaba tendido. Sentí intensa satisfacción al verle

sorprendido.

—¡Qué diablos…!

—Calma, calma Joey; ten cuidado con tus palabras —le dije—. He creído conveniente traerme a tu socio, *Mr*. Beaumont. Supongo que no has de sentirte molesto por ello…

Joey abrió la boca desmesuradamente. Yo dirigí la mirada a Vera.

Joey se puso en pie con la velocidad de un rayo y cogió a Beaumont por las solapas, sacudiéndole como el pelele que era. El rostro del «gángster» aparecía rojo de ira. Observé cómo apartaba los labios y mostraba los dientes como un animal salvaje.

—¡Miserable cobarde! —le espetó—. ¡Habla, habla! ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué pretendes echar encima de mí ahora? ¿Crees por ventura que puedes traicionarle impunemente a Derocha? Pues vas muy equivocado, amigo. ¡Antes he de dejarte ese maldito pellejo de gallina agujereado como una criba!

—No te pongas así, Joey —le advertí—. Piensa que no estamos en los buenos tiempos de la Ley Seca. ¿A qué atribuyes la presencia de este caballero a mi lado?

Joey soltó a Beaumont que en aquellos instantes estaba intensamente pálido y temblaba de pies a cabeza. Realmente el muchacho no tenía madera de héroe, por lo visto.

—No te comprendo —contestó Joey mirando con expresión de profunda extrañeza.

No me sorprendió su desconcierto.

—No ha ocurrido nada —le dije—. Todo marcha a la perfección solamente hay una cosa que me interesaría aclarar… Joey, me has traicionado cobardemente, y esto es cosa que no me gusta…

Joey comprendió repentinamente la realidad de la situación.

—¿Dónde está Scar? —preguntó.

—No te preocupes por él. En estos momentos no le duele ninguna parte del cuerpo. Ni a sus compañeros tampoco —y en tono de gravedad, añadí—: Joey, a mí no debías hacerme semejante jugarreta…

Sus ojos se pusieron glaciales, aunque en ellos brillaba un fulgor de amenaza siniestra.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó con voz concentrada—. No me vengas ahora con acertijos y dime cuanto antes dónde está el

dinero.

Miré el reloj. Habían transcurrido doce minutos desde que hablé con Van der Lone dándole el encargo de que avisase a Ryan. Calculando que el millonario habría pasado un minuto en efectuar la llamada y otro minuto para hablarle al inspector… Para trasladarse al apartamento de Joey necesitaba tres minutos escasos. Por poco que la suerte me acompañase y dejando un amplio margen para el posible error, pensé que, sin duda alguna, Ryan debía estar al otro lado de la puerta, en el pasillo, con su ayudante,
O'Heanyx
al lado de la entreabierta claraboya, haciendo funcionar su máquina registradora de sonido. ¿Tendía suerte en recoger algo?

—¿Te refieres al dinero que tus hombres han recogido de Van der Lone? —pregunté, aventurándome una vez más.

Joey echó una sonora maldición. Luego dijo a voz en grito:

—¡Parece que te haces el tonto! Sí, me refiero al dinero del rescate y el extra que tú me prometiste alcanzar si ponías devolver a la muchacha… ¿Dónde está ese dinero, repito?

—Seguro que te lo prometí —repliqué hablando llanamente— pero tú diste también palabra de que respetarías la vida de la joven. ¿No fué éste el trato que hicimos, Joey? ¿Por qué intentaste, pues, matarla?

—¡Estás chiflado! —gritó el rufián—. ¡Yo no iba a ser tan bobo de permitir que la chica viviese para poder luego identificarme! ¡Estás loco, muchacho! ¿Dónde se halla ahora la joven?

—Está muy bien —contesté—. Se encuentra en perfecto estado y en lugar seguro.

Joey se acercó un par de zancadas.

—Óyeme, Spade —dijo, ahora con voz más tranquila—. Presumo que lo que quieres es que te aumente la tajada. No tengo ningún inconveniente en ello: tendrás la pasta, pero la muchacha debe morir. Yo cuidaré de ello, no te preocupes… —Y bajando más el tono de la voz y dándole incluso un matiz meloso, suave, añadió —: Pero dime ahora; ¿dónde has metido el dinero?

Parecía, en realidad, que volvíamos a ser viejos amigos, repentinamente.

Me imaginé que Ryan había logrado su objetivo y que la prueba para mandar a Joey Derocha a la silla eléctrica estaría ya en la cinta

magnetofónica en aquellos momentos. Aproveché, pues, la oportunidad, y le hundí una rodilla a Joey en la ingle. Mientras él lanzaba un alarido de dolor me volví rápidamente y le propiné al otro individuo un formidable puñetazo en la mandíbula. Al tiempo que le veía tumbarse hacia atrás, me puse a gritar con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Ryan, entra! ¡Entra enseguida!

Joey se había incorporado. Cogí a Vera y la empujé contra él al tiempo que su pistola me estaba apuntando. Me arrojé de un salto a sus piernas. La pistola disparó, y la bala pasó a rozar casi mi oreja y dejándome sordo por unos instantes. No podía oír absolutamente nada, pero había tumbado a Derocha en el suelo. Le cogí entonces la cabeza con ambas manos y se la golpeé contra el piso hasta dejarle totalmente sin sentidos. ¡Su cabeza demostró ser menos dura que el suelo alfombrado, al contrario de lo que yo había creído en un principio!

Cuando me pareció que ya no se tomaba ningún interés por continuar la lucha, le solté. En el mismo momento alguien, detrás de mí, tiraba para levantarme. Vi la cara de Ryan que movía los labios y observé que la habitación estaba llena de policías. No obstante, me hacía el efecto que me encontraba en presencia de una película muda: no oía absolutamente nada.

Estuve diez minutos para empezar a despejar mi cabeza y mis oídos. Entonces le expliqué unas cuantas cosas a Ryan y vi como el inspector le ponían las esposas a Joey. A Beaumont ya se lo habían llevado, y Vera estaba sentada, mejor aun, hundida en el sofá con una expresión de pánico en su demacrado rostro. La cogí de la mano y marqué con la otra el número de teléfono de Evie. El timbre estuvo llamando durante un buen rato, por lo que pensé que Evie no debía haberse levantado ningún día tan temprano desde que dejó de ir aña escuela.

—Diga —sonó una voz soñolienta—. ¿Quién diablos llama a estas horas?

—Soy yo, querida —dije—. ¡Tu príncipe encantado!

—Pero…, ¿a estas horas? —repitió indignada—. ¡Déjate de príncipes y de encantos y llámame dentro de un par de horas!

Y oí el golpe que daba el teléfono al dejarlo caer con furia en su soporte.

Pensé que en el pecado encontraría la penitencia. ¡Ahora le tocaría enterarse de la noticia por medio de los periódicos, como los demás mortales!

Entonces me di cuenta que habían subido a Carole. La muchacha estaba dormida, con la cabeza recostada en el respaldo de un sillón. Tenía el cabello caído encima, de la cara cual una roja alfombra que brillaba con el resplandor de mil lucecitas. Su rico vestido aparecía manchado y estrujado; no volvería ya más a ser lo que había sido. En cambio la figura que había debajo de él parecía apetitosa y encantadora a pesar de todo.

Me dirigí hacia Vera.

—Tú vas a salir bien de todo ese zafarrancho, niña —le dije.

La joven me miró y sonrió con los ojos bañados en lágrimas.

—No esperaba menos —contestó—. Gracias, Danny.

Me acerqué entonces a Carole. La toqué suavemente. La joven agitó la cabeza, entreabrió los ojos y me miró.

—¡Nadie diría que eres la heredera de un millonario con esa cabeza desgreñada y el aspecto de tu vestido! —le dije sonriendo y cogiéndola de una mano. Luego añadí—: Vamos, he de acompañarte a casa.

Reemprendimos la marcha. Ryan nos acompañó hasta la puerta. Me miró, pero no dijo nada. Pensé que se lo guardaría para más tarde. ¡Menuda bronca la que me aguardaba!

Debían de ser las diez de la mañana cuando llegamos a casa de Carole. Van der Lone estaba vigilando en la ventana, de modo que corrió hacia la puerta en cuanto nos vio aparecer en la calzada. Padre e hija estuvieron estrechamente abrazados por espacio de varios minutos. Pensé si tal vez sería cuestión de aguardar varias horas hasta que terminase semejante derroche de sentimiento.

Menos mal que a los cinco minutos estábamos ya en el despacho del viejo, sentados ante un buen vaso de «*whisky*». Y no fué hasta el momento en que nos despedíamos cuando Carole me recordó el importante detalle.

La muchacha parecía estar ya algo descansada; había desaparecido una gran parte de su tensión nerviosa. Tenía incluso una leve sonrisa en los labios cuando me dijo:

—¿Qué te parece si le decimos a papá lo que ha sucedido con el dinero?

Yo lo había olvidado por completo. Con los ojos de la mente volví a ver entonces aquella trágica hoguera en medio de las tinieblas de la noche y al otro lado de la valla arrancada de la carretera. Una hoguera ciertamente de las más caras…

Se lo conté al viejo. Mi sorpresa fué mayúscula al ver que el hombre ni parpadeaba siquiera ante la noticia.

—¡Bah! —exclamó—. El dinero poco importaba; lo que me interesaba era recuperar a Carole. Y usted me la ha devuelto; lo demás no tiene la más pequeña importancia.

En su cara había el aire de quien va a coger el talonario de cheques cuando me apresuré a detenerle.

—No, gracias, *Mr*. Van der Lone —le dije—. Para encargarme de este caso había para mí una razón poderosa que no tenía nada que ver con usted ni con su hija. El hecho de que les haya ayudado a ustedes ha sido indirecto. Sin duda habría hecho lo mismo por mi propia cuenta, así que, ¡nada de cheques, por favor!

Me costó no poca argumentación de mi parte el convencerle, y no estoy seguro de que lo hubiese logrado porque más tarde me envió una recia pitillera de oro que vale una fortuna.

Sea como fuere, de momento pude desembarazarme del agradecido millonario y su delicada hija con la promesa de volver una semana más tarde a cenar con ellos. Cumplí mi palabra, naturalmente. Carole era una chica guapa y de calidad. Aunque he de reconocer que Evie la ganaba en varios aspectos…

Tras la cena celebrada vino otro acontecimiento que yo había estado esperando con supremo interés. Era la cita por la que había estado suspirando durante años. Precisamente desde que mi viejo murió. ¡La cita que Joey Derocha tenía con la silla eléctrica!

Estuve presente en ella. Vi cómo el rufianesco joven recorría su última milla y pensé que iba a ser testigo de la muerte de un hombre valiente que no abriría los labios hasta que quedarían sellados para siempre con el frío de la muerte.

Me consideré feliz al ver que me había equivocado en eso. Derocha demostró ser un tipo cobarde que atronó el fúnebre aposento de la cárcel con sus alaridos. Fueron necesarios cuatro hombres para meterle en la silla, y seis de ellos para sujetarle con las correas: Estuve contento de comprobar que era un cobarde. Mi conciencia quedaba más tranquila.

Beaumont cargó con una condena de diez años por complicidad. Esta sentencia relativamente pequeña la obtuvo gracias al grande corazón de Carole que intervino en su defensa. Le dije a la muchacha que semejante actitud era impropia de ella, pero no logré convencerla. Sé que incluso más tarde le mandó algún regalo al presidio. Y he enterado luego de que hasta se propone visitarle…

Por lo que a mí se refiere volví a Evie y le hice prometer que si hacía amistad con alguna otra chica como Vera procurase asegurarse de quién era el fulano con el cual se relacionase.

¿Vera? La muchacha continúa en el escenario, guapa como siempre. Bastante guapa para encontrar un tipo que se case con ella, lo cual no dudo ha de suceder cualquier día. Le envidio la suerte al afortunado que la coja. ¿Quién, yo? No, señor. Yo no me lanzo por esa vereda. Me gustan todas las damas que me salen al paso y estoy intrigado incluso pensando en las que todavía he de conocer… ¿No creen ustedes que es maravillosa la vida? La vida del hombre libre, sin compromisos, quiero decir. Eso de qué cada mañana sea un nuevo interrogante tiene un encanto delicioso para mí…

FIN

Ultimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 350 - Mary de la Fe.
▪ AMORES EN LUCHA
Núm. 351 - Nylhama.
▪ TÚ, SÓLO TÚ
Núm. 352 - M.ª Carmen Rey.
○ SUPREMA AMBICIÓN
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 190 - M.ª Adela Durango.
▪ LA DIOSA DE BENARES
Núm. 191 - Agatha Mar.
▪ AGRADABLE SOLTERÓN
Núm. 192 - Sergio Duval.
○ ARABEL
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN BISONTE

Núm. 291 - Fidel Prado.
▪ ¡SI YO FUERA SHERIFF!
Núm. 292 - John F. Abbot.
▪ UNA BALA PARA CADA HOMBRE
Núm. 293 - Ral Segrram.
○ LA DOMADORA DE HOMBRES
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 155 - A. Rolcest.
▪ UNA TUMBA EN DUNKERQUE
Núm. 156 - Red Harland.
▪ EL PRESIDIARIO
Núm. 157 - Cliff Bradley.
○ VERACRUZ
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 246 - May Carré.
▪ UNA AVENTURA INCREIBLE
Núm. 247 - Ana Marcela García.
▪ UNA MUCHACHA AUDAZ
Núm. 248 - M.ª Adela Durango.
○ JUEGO DE NAIPES
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 76 - M.ª Pilar Carré.
▪ AQUEL HOMBRE...
Núm. 77 - Corín Tellado.
▪ UNA MUJER PELIGROSA
Núm. 78 - María Martí.
○ SU MEJOR CREACIÓN
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN DETECTIVE

Núm. 34 - Geo Dugan.
▪ BARCO DE BRUJAS
Núm. 35 - Danny Spade.
▪ DEL BRAZO CON LA MUERTE
Núm. 36 - Max Risco.
○ CRIMEN FALSIFICADO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ALONDRA

Núm. 29 - Trini de Figueroa.
▪ CASADA CON UNA SOMBRA
Núm. 30 - Arnaldo Visconti.
▪ LA INGENUA AVENTURERA
Núm. 31 - Cristina Luján.
○ ALMA TENEBROSA
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

▪ Últimos volúmenes aparecidos.
○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: **5 ptas.**

José Pané Argelich, autor español que utiliza indistintamente los seudónimos de Brent Channing y Danny Spade y escribe para las colecciones populares. Sus obras basan sus argumentos siempre en el tema policíaco. Lo edita Bruguera.

Con el seudónimo Brent Channing escribió:

- La tumba de los diamantes, Barcelona, Bruguera, 1952, (col. Detective n.º 5).
- Dardos siniestros, Barcelona, Bruguera, 1953, (col. Detective n.º 23).

Con el seudónimo Danny Spade escribió:

- Trágica obsesión, Barcelona, Barcelona, Bruguera, 1953, (col. Detective n.º 24).
- Del brazo de la muerte, Barcelona, Bruguera, 1953, (col. Detective n.º 35).

Notas

[1] No sé por qué te amo. < <

[2] «Cicatriz». < <